This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Harvard College Library

FROM

G. F. Taylor

LA ESPADA DE BERENGUER.

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS.

ORIGINAL Y EN VERSO

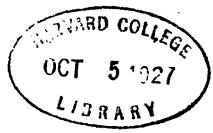
DE

D. JOSÉ JULIAN Y D. PEDRO MARQUINA.

BARCELONA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE
SALVADOR MANERO.

1869.

Span 5782.5.30



G. F. Taylor

EL Sr. D. Miguel Gasset es el único encargado en Barcelona, del cobro de propiedades, y en las restantes poblaciones de España lo son los administradores de la Galería EL TEATRO.
Quedan reservados todos los derechos.

AL Sr. D. RAFAEL DE NIEVA,

BIÓGRAFO DE

JULIAN ROMEA,

EN TESTIMONIO DE CARIÑO.

LOS AUTORES.

Un voto de gracias á los artistas que tomaron parte en el desempeño de este drama, y particularmente al primer actor y director D. José Izquierdo, por el interés y buen acierto que demostraron la noche del estreno.

A ellos debemos el resultado obtenido, y faltaríamos á un deber si no consignáramos aquí nuestro agradecimiento.

PERSONAJES.

MAHALTA, condesa viuda de Ramon Berenguer II.	D.ª	Francisca Soler.
HERMENGARDA, hija de Aymerico vizconde de Narbona. . .	»	Balbina Pi.
BERENGUER RAMON, conde soberano de Barcelona. . . .	D.	José Izquierdo.
RAMON DE FOLCH, vizconde de cardona.	»	Felix Ribot.
EL INFANTE RAMON BERENGUER III..	»	Francisco Puig.
GUILLERMO, confidente de Berenguer Ramon	»	Juan Bertran.
AYMERICO, vizconde de Narbona.	»	Acisclo Soler.
VELLIDO, escudero de Aymerico.	»	Joaquin Pinés.
UMBERTO, noble catalan . . .	»	Juan Pi.
Un heraldo	»	N. N.

Pueblo, soldados, escuderos, pajes, nobles conjurados, cortesanos, etc.

Año 1096.

ACTO PRIMERO.

Sala del castillo de Aymerico, Vizconde de Narbona. A la derecha en primer término, una puerta. En segundo término y dando frente al espectador un altar sobre el cual se verá abierto un libro de los Santos Evangelios.
En el muro una espada mandoble colocada sobre el centro del altar, á cuyos lados habrá dos escudos de armas. Entre la puerta y el escudo de la derecha, una salida secreta. Dos grandes puertas á la izquierda y otra al foro; todas cerradas. Escaños al rededor de la escena, iluminada por una lámpara de bronce pendiente del techo.

ESCENA PRIMERA.

MAHALTA *en la puerta de la derecha, el* **ESCUDERO** *entra por la de la izquierda y despues de cerrarla se dirige á Mahalta.*

MAHALTA. ¿Le viste? (*Con ansiedad.*)
ESCUDERO. Solo instantes le precedo.
Rápidamente por el monte avanza,
y segun el afan con que el ginete
al noble bruto el acicate clava,
el brioso alazan en breve plazo
llegará del castillo á la muralla.
MAHALTA. ¿Qué dijo?
ESCUDERO. Apenas sus ardientes ojos
en mis manos fijaron la mirada,
me arrebató su diestra el pergamino,

rompió su sello, lo leyó con ansia,
y arrojando el sayal de burda tela
que su guerrera condicion disfraza,
vistió con noble ardor y bizarría
el duro casco y la pesada malla;
ciñó el potente acero, y al decirme:
«Dí lo que has visto hacer...» Sobre la espalda
se lanzó de un corcel, y arrebatado
se entró por el pinar de la montaña.

MAHALTA. Si la gente del conde le divisa
todo se pierde.

ESCUDERO. Diligencia vana
seria pretender seguir sus pasos,
á través de la selva enmarañada.

MAHALTA. Gracias, Vellido: tu seguro acento
hace que vuelva al corazon la calma.
Si el justo cielo mis afanes premia
y llegamos al fin de la jornada,
sobre tí lloverán mis recompensas
cual llueven tus servicios en mi causa.

VELLIDO. Callad, señora, y perdonad. Mis ojos
se abrieron á la luz en vuestra casa:
junto al conde Ramon, vertió mi padre
su agradecida sangre en las batallas:
por la patria lidió, murió por ella,
cuando apenas mi vida despuntaba.
Fuí huérfano en la cuna y vos de madre
al huérfano servisteis. ¿Quién no paga
deuda tal con la sangre de sus venas
si lo dicta el deber y es por la patria?
Vasallo soy, la lealtad mi norte:
todo por vos, condesa; sin vos nada.

MAHALTA. ¡Oh mi fiel servidor! cómo se muestra
en tu franco ademan, en tus palabras,
en tus hechos, en fin, el noble arrojo
y el valor de tu raza catalana!
Dios está por nosotros; Dios es justo;
no lo puedo dudar: si lo dudara,
prueba palpable fueran de mi yerro
los que á mi lado al triunfo se preparan.
Mas no entregado el pecho á las caricias
que á prodigarnos llega la esperanza,
demos reposo al tiempo. Corre al muro
y cuando Folch se acerque á la alcazaba,

sal á su encuentro y que los ojos mios
posen sobre el guerrero su mirada.

VELLIDO. Cumplido se verá vuestro deseo.
Quede el cielo con vos.

MAHALTA. El te acompaña.

(Vase por la misma puerta de la izquierda, cerrando tras sí.)

ESCENA II.

MAHALTA.

Sí, vasallo leal, tú como todos
la cólera de Dios sientes que avanza,
y el rayo abrasador de su justicia
ves arder en su diestra soberana.
«Ya germina en los pechos generosos
«del pueblo catalan la justa saña.
«Apiñados los bravos campeones
«de Ramon Berenguer, todos aguardan
«impacientes la voz de su caudillo
«que les debe llevar á la venganza.
«Alienta, corazon: pocas auroras
«han de pasar sin que de la ancha plaza
«salga de guerra el anhelado grito
«causando espanto al déspota monarca
«que con la sangre de su invicto hermano
«del trono catalan manchó las gradas.»
Y tú, Dios justiciero, omnipotente,
que de los mundos la estension abarcas:
vierte sobre el tumulto del combate
la luz de la razon que nos ampara.

ESCENA III.

MAHALTA, HERMENGARDA, *por la derecha.*

HERMENGARDA. Madre y señora: ¿por qué
sin haberte dado enojos
la alegría de tus ojos
hoy en los mios no hallé?
¿Qué pensamiento hay en tí
tan fuerte y tan poderoso
que llega á hacerte enojoso

el amor que hallas en mí?

MAHALTA. (*Dándola un beso en la frente.*)
Corola del rosicler
de estos montes prisionera:
¿qué pensamiento pudiera
al tuyo prevalecer?

HERMENGARDA. ¿Con que no estás enojada
y me amas como otros dias?

MAHALTA. ¿Dudarlo acaso podias?

HERMENGARDA. Ahora ya no temo nada.

MAHALTA. Temiste?...

HERMENGARDA. Porque buscando
en paternales caricias
mis cotidianas delicias,
en vano pasé esperando
todo el dia; pues mi padre,
de ordinario placentero,
está hoy conmigo severo
y no hay cosa que le cuadre
siendo de mi amor nacida.

MAHALTA. ¡Pobre niña!... es que tú ignoras
las tristes y amargas horas
con que nos hiere la vida.
Sean en llegar prolijos
los dolores para tí.
No tengas penas, y así
no harás penar á tus hijos.

HERMENGARDA. ¡Penas!... ¿quién se libra de ellas?
¡Andan por el mundo tantas!...

MAHALTA. ¿Qué dices?

HERMENGARDA. ¡Ay madre! ¡cuántas
he contado á las estrellas!

MAHALTA. Bajo el estrecho horizonte
de este lugar apartado,
¿qué temes? ¿qué has deseado?

HERMENGARDA. Cruzar el vecino monte.

MAHALTA. ¿De lo que ignoras en pos
deseas tender el vuelo?

HERMENGARDA. Mas allá del monte hay cielo...
y en todas partes hay Dios.
Yo he visto á un ave posar
su plumaje sobre un pino,
y de otro pájaro el trino,
tras el monte oí sonar.

El ave que reposaba,
sus alas al viento dió
y la montaña cruzó.
¿A dónde iba y qué buscaba?
Iba, hácia el pájaro errante
que daba su queja al viento:
llena el ave de contento
buscaba á su tierno amante.
En tanto, alguna mujer
quizás oye una cancion
llamando á su corazon
que no puede responder.
Y devora su amargura
afligida y pesarosa,
como triste mariposa
que muere en la selva oscura,
soñando con los confines
donde esparcen sus olores
planteles de gayas flores
en dilatados jardines.
Sí, madre: de otro confin
sueño con las ricas galas.
Yo soy pájaro sin alas;
mariposa sin jardin.

MAHALTA. (¿Será mi sospecha cierta?)

HERMENGARDA. Madre, prefiero morir
si es que tengo que vivir
viendo mi esperanza muerta.

MAHALTA. ¡Pobre niña! ¿qué suspiro
el aire pudo cruzar,
para venir á turbar
la calma de tu retiro?

HERMENGARDA. ¡Madre!

MAHALTA. No es pueril deseo
de tender tu vuelo al mundo,
sino amor grande y profundo
lo que en tus lágrimas leo.

HERMENGARDA. ¿Sabes?...

MAHALTA. ¿Qué puede ignorar
la que te meció en la cuna,
si pudiera una por una
tus ilusiones contar?

HERMENGARDA. Pues si el amor que se encierra
en mi pecho has comprendido,

tú que no has endurecido
tu corazon en la guerra,
oye el ruego que te envia
mi madre que está en el cielo,
y da á mis penas consuelo.
Déjame amar.

MAHALTA. ¡Hija mia!...
Cuanto piense y diga yo
tu padre lo ha de otorgar.

HERMENGARDA. ¿Y por qué me ha de negar
los goces que él disfrutó?

MAHALTA. Quizá tu amor ha nacido
en momento inoportuno,
y de su sepulcro, alguno
á combatirla ha salido.

HERMENGARDA. Madre, tu acento me aterra.

MAHALTA. Quizá con tu anhelo amante
robas un hecho brillante
á la historia de esta tierra.

HERMENGARDA. ¡Cielos!

MAHALTA. Quizá has de ceder
de la patria en beneficio.

HERMENGARDA. ¿Y cabe tal sacrificio
en una débil mujer?
Cuando el alma vuela en pos
de amor, ¿quién la ha de atajar?
¿Puede el hombre contrariar
las leyes que dicta Dios?
¡La patria! terrible nombre.

MAHALTA. Otra mas santo no existe.
Yo le adoró.

HERMENGARDA. Tú naciste
con el aliento de un hombre.
Mas yo no llego á entender
por qué ha de ser la pasion
mas grande que el corazon
en nuestro mezquino ser.
Y no cederé jamás,
á lo que el patrio heroismo
manda con tal despotismo.
Antes morir.

MAHALTA. Cederás.

HERMENGARDA. ¡Ah! no, madre; empresa vana
que escede á la fuerza mia.

MAHALTA. No puede haber cobardía
donde hay sangre catalana.
Si con tu nombre pregonas
hazañas de nobles pechos,
no denigres con tus hechos,
la sangre de los Narbonas.

HERMENGARDA. Pero quizá esos temores
sin causa en tu pecho estén,
quizá no conoces bien
al dueño de mis amores.

MAHALTA. Sobre un brioso corcel
que envidia al viento causaba,
llegó un dia á la alcazaba
un incógnito doncel.
Desde el muro corpulento
que como anchuroso anillo
cerca y defiende el castillo
contra enemigo ardimiento,
le vió Hermengarda llegar,
y su brillante mirada
rendida y apasionada
hubo al punto de que dar.
Vióla el doncel asombrado
y por azar del destino,
el que sin pesares vino
marchó de aquí apesarado,
La que tal escena vió
desde el árabe ajimez,
¿erró al juzgarla tal vez?
Responde, Hermengarda.

HERMENGARDA. No.

MAHALTA. Y aquel que tres noches ví
al pié del muro embozado,
¿no era el fiel enamorado
rendido á tus ojos?

HERMENGARDA. Sí.

MAHALTA. Y un mendigo que llegó
á implorar tu caridad,
¿busca solo tu piedad?
Responde, Hermengarda.

HERMENGARDA. No.

MAHALTA. Y cuantas veces aquí
ese mendigo llegaba,
¿un escrito no te daba

cautelosamente?

HERMENGARDA. Sí.

MAHALTA. Vé, pues, cómo los temores
justo es que en mi pecho estén,
porque conozco muy bien
al dueño de tus amores.
Pero el gentil caballero
que ama con tal ardimiento,
romperá su juramento
de amor por el de guerrero.

HERMENGARDA. Yo no le podré olvidar;
que le quiere el pecho mio
como las ovas al rio,
como los peces al mar.

MAHALTA. Habreis de cumplir los dos
con lo que la patria ordena.

HERMENGARDA. (Tienen corazon de hiena.)

MAHALTA. (Proteja mis planes Dios.)

ESCENA IV.

DICHOS, VELLIDO *por la izquierda.*

MAHALTA. (*Al ver á Vellido.*)
¿Llegó?

VELLIDO. Vuestra vénia aguarda.

MAHALTA. Hija mia...

HERMENGARDA. Con Dios queda,
madre y señora.

MAHALTA. El conceda
paz á tu pecho, Hermengarda.
(*La besa en la frente. Hermengarda se retira por la izquierda segundo término.*)

ESCENA V.

MAHALTA, *luego* FOLCH.

MAHALTA. Hazle entrar. (*A Vellido.*)
(*Vase Vellido: entra Folch por la izquierda y la puerta se cierra tras él.—Al ver á Folch.*)
¡Ah!
(*Como si se aliviase de un gran peso. Tiende la mano á Folch y este la besa con respeto.*)

FOLCH. Salud, noble condesa.
MAHALTA. Bien venido el bizarro y generoso
vizconde de Cardona.
FOLCH. Aquí estoy como cumple á mi promesa.
MAHALTA. De Ramon Berenguer mi augusto esposo,
gloria de Cataluña y su corona,
la veneranda sombra te saluda
y su venganza en tu poder se escuda.
Por fin, Ramon de Folch, llegó el momento
de vencer ó morir.
FOLCH. Con ardimiento
sañudo y temerario,
con empeño tenaz y ánimo fuerte,
sin reparar las fuerzas del contrario,
siempre dispuesto á prematura muerte,
tres lustros he luchado
siendo inútil mi afan desesperado.
«Ya bajo la armadura del guerrero,
«ya empuñando el bordon del peregrino
«ó vistiendo el sayal del nigromante,
«con doble astucia y corazon entero,
«perenne emplazador, venganza errante,
«siempre me halló cruzado en su camino
«de vuestro augusto esposo el asesino.
«Yo de hogar en hogar he relatado
«del fratricida la nefanda historia;
«todos los corazones he minado,
«y al revivir conmigo la memoria
«de Ramon Berenguer asesinado,
«el viejo catalan viste la malla
«aprestando su brazo en la batalla.
Cual tigre perseguido,
la jara del breñal mi lecho ha sido;
y siempre con el ánimo despierto,
temiendo á la traicion, entre las breñas
largas noches pasé; ¿pero qué importa
mi horrible padecer, qué mi fatiga
si el anhelado bien hoy me reporta
de arrancar con mi mano
la usurpada corona del tirano?
Mi gente preparada,
como agitado mar bulle en los cosos,
y al frio roce de la oculta espada
laten con fuerza pechos generosos.

De ese carnal océano en las ondas
tu aliento falta ya, noble matrona;
lánzalo y á su esfuerzo culminante
verás cómo la torre dominante
del torpe usurpador se desmorona,
dando el acero que el infante empuña
honor y libertad á Cataluña.

MAHALTA. Sí, Folch, del pueblo libre
que su sangre ha vertido en mil campañas
romperá las cadenas
el hijo que salió de mis entrañas,
cual prometido fin de tantas penas.

FOLCH. No se pierda un instante.

MAHALTA. Convocados
aquí todos los nobles esforzados,
que con mi espóso hicieron cruda guerra
á los feroces moros de esta tierra,
poco habrán de tardarse.

FOLCH. ¿Y el vizconde?

MAHALTA. El leal Aymerico de Narbona
que demostró su amor al soberano
dándome ante el altar su noble mano,
para poder con armas y castillos
conspirar en favor de mi venganza.
Con febril impaciencia
desea ver cumplida mi esperanza,
y en su estancia te aguarda,
trazando el plan de la arriesgada empresa.

FOLCH. No dilatemos, pues, noble condesa,
el momento anhelado.

MAHALTA. Sígueme.

FOLCH. ¿Y el infante?

MAHALTA. En breve espero
mirarle á nuestro lado.
¿Qué falta pues para mirar cumplida
nuestra venganza, dí?

FOLCH. Blandir las armas:
buscar la muerte y despreciar la vida.

(*Vanse por la derecha.*)

ESCENA VI.

HERMENGARDA, *que sale por el foro con precaucion.*

HERMENGARDA. Estoy sola; nadie puede
mis acciones espiar.
(Va á la puerta de la izquierda, la abre y penetra por ella Guillermo en traje de mendigo, con barba y cabellera cana y encorvado.)

ESCENA VII.

HERMENGARDA, GUILLERMO.

HERMENGARDA. Temí que esta noche fuese
inútil todo mi afan.
¿Buen viejo, cómo has podido
hasta mi lado llegar?
GUILLERMO. Como siempre.
HERMENGARDA. Sí, mas hoy
la vigilancia es tenaz,
y creí que te opondrian
resistencia.
GUILLERMO. ¿Pues qué hay?
¿Están los moros vecinos,
ó se teme algun desman
de rebelde soldadesca
ó batida almogavar?
HERMENGARDA. Lo ignoro; solo he notado
que toda la tarde están
yendo y viniendo escuderos
que se cruzan sin cesar.
GUILLERMO. Pues el que guarda la entrada
que á esos corredores dá,
como siempre indiferente
hácia aquí me vió cruzar.
Es cierto que la consigna
conmigo no rezará,
porque como saben todos
la vénia que me otorgais,
ni causa á nadie recelos
el impotente ademan
de un mendigo, no hay motivo

para privarme de hablar
con vos, y de recibir
vuestra limosna.

HERMENGARDA. Es verdad.
Pero dime, ya que puedes
mis pesares consolar:
¿qué nuevas á mí te envian?

GUILLERMO. Nuevas de un lindo galan;
que por ser nuevas de siempre,
viejas las he de llamar.

HERMENGARDA. Te ha dicho...

GUILLERMO. Que piensa en vos.

HERMENGARDA. ¿No ha de venir?

GUILLERMO. Sí vendrá.

HERMENGARDA. ¿Y cuándo?

GUILLERMO. Quizá esta noche.

HERMENGARDA. ¿Y pronto?

GUILLERMO. Impaciente andais.

HERMENGARDA. Amor es todo impaciencia.

GUILLERMO. Dígalo quien ha de andar
con sesenta años encima
sirviendo á ese dios rapaz.

HERMENGARDA. ¿Te enojas? No me abandones.

GUILLERMO. ¡Quién se pudiera enojar
con vos, si su enojo fuera
leve niebla nada mas,
que al calor de vuestros ojos
se deshiciera fugaz!

HERMENGARDA. ¿Lisonjas?

GUILLERMO. Verdades son,
señora, no os ofendais.

HERMENGARDA. Es que á tus años, me asombran.

GUILLERMO. Siempre es jóven la verdad.

HERMENGARDA. Hoy te lo perdono todo
por las nuevas que me das.

GUILLERMO. ¿Estais contenta?

HERMENGARDA. Sí, doble
la recompensa será.
Toma.
(*Saca de su escarcela monedas y las da á Guillermo.*)

GUILLERMO. (*Tomándolas.*) (Su mano me abrasa.)
(*Estrechándole su mano convulsivamente.*)

HERMENGARDA. ¿Qué haces?

GUILLERMO. Dejadme besar
vuestra mano. (*La besa.*) (Aunque se oponga
el infierno me ha de amar.
HERMENGARDA. Oye: mi madre ha sabido
mi amor: no ignora que estás
interesado por él.
Me cela y querrá privar
que en el castillo penetres.
GUILLERMO. ¿Mas no entraré?
HRMENGARDA. Sí, entrarás.
GULLERMO. ¿Pues cómo si ella lo priva?...
HERMENGARDA. ¿Ves esta llave?
GUILLERMO. Sí.
HERMENGARDA. Dá
la puerta que abre al torrente
que hay del castillo detrás.
GUILLERMO. Lo comprendo, ¿pero cómo
conseguisteis llave tal?...
HERMENGARDA. Vence imposibles amor.
GUILLERMO. Lo sé.
HERMENGARDA. Resuelta á luchar
con cuanto al mio se oponga,
con astucia tan sagaz
como certera, he logrado
la vieja llave arrancar
del gran manojo en que tiene
las del castillo un guardian,
viejo escudero del conde
que me vió nacer, y está
muy lejos de que yo pueda
de su cariño abusar.
GUILLERMO. Pero si en falta la hechare...
HERMENGARDA. La falta no advertirá;
pues el oculto postigo
no se ha empleado años há.
GUILLERMO. Dadme, pues, la llave.
HERMENGARDA. Toma.
GUILLERMO. ¿Hay atalaya?
HERMENGARDA. Sí le hay.
¿Mas de qué vale la astucia
si no le puedes burlar?
GUILLERMO. Bien. (Ella misma, la llave
de su corazon me dá.)
HERMENGARDA. Escucha: una vez franqueado

el ancho muro, hallarás
un angosto pasadizo
y una escalera; al final
de sus tramos, las estancias
de ese lado: dejalas;
á las de enfrente dirige
tu paso sin vacilar
siempre que mensaje traigas:
en aquel sitio, verás
aguardando un servidor
que á mí te conducirá.

GUILLERMO. Fiad en mí. (He conseguido,
mas que pudiera esperar.)

HERMENGARDA. Ahora márchate.

GUILLERMO. (Mañana
amor, y riqueza habrás,
corazon; ahora valor,
y el que caiga duerma en paz.)
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

HERMENGARDA.

Señor; ¿de quién será el triunfo
en lucha tan desigual?
Tú que los mundos sostienes,
tú que escuchas el cantar
de la escondida avecilla
en el espeso jaral:
de una cautiva de amor
oye el ruego que á tí vá,
como las aguas del rio
al seno azul de la mar.
Dá, Señor, fuerza á mi alma,
firmeza á mi voluntad,
valor para resistirme
y aliento para luchar.

ESCENA IX.

HERMENGARDA, EL INFANTE, VELLIDO.

VELLIDO. ¿Quereis que avise vuestra llegada?

INFANTE. Con mi presencia la anunciaré. (*Vase Vellido.*)
HERMENGARDA. ¡Es él!
(*Corriendo con alegría hácia el infante.*)
INFANTE. ¡Mi dulce prenda adorada!
HERMENGARDA. ¡Fé de mi alma!
INFANTE. ¡Luz de mi fé!...
Brillante aurora
de mis amores,
de mis dolores
plácido fin.
Búcaro esbelto donde se anidan
cuantos aromas hay en jardin.
Perla entre muros, flor entre abrojos,
di que me quieres como yo á tí.
HERMENGARDA. ¿Si á verte el alma sale á mis ojos,
no oyes que el alma pronuncia un sí?
INFANTE. Yo soy tu esclavo.
HERMENGARDA. Tú mi cadena.
INFANTE. Tú mi sirena.
HERMENGARDA. Tú la cancion
que entre las cuencas del monte suena
cuando está triste mi corazon.
INFANTE. «No sé si vivo, no sé si muero,
«no sé si nazco cuando te admiro:
«me voy despacio, vuelvo ligero;
«solo respiro
«cuando te miro
«y en torno giro
«de tu suspiro
«que es el ambiente de puro amor;
«como respira,
«como suspira
«y en torno gira
«de lo que aspira
«la mariposa sobre la flor.
HERMENGARDA. «Yo sé que vivo cuando te veo,
«y en tus miradas mi amor apilo.
«Tú eres tesoro, yo soy deseo:
«no me aniquilo,
«pero vacilo,
«canto y oscilo,
«lloro y titilo,
«muero y renazco presa en tu amor;
«como sus dulces trinos apila,

«como vacila,
«canta y oscila,
«llora y titila
«sobre los olmos el rui señor.

INFANTE. «¡Mi bien!...
HERMENGARDA. «¡Te quiero!
INFANTE. «¡Mi luz!
HERMENGARDA. «¡Te adoro!
INFANTE. «¡Mi ángel!...
HERMENGARDA. «¡Te imploro!...
INFANTE. «Mi alma te doy.
HERMENGARDA. «¿Tú no me adoras?
INFANTE. «Como me quieres.
HERMENGARDA. «¿Tú no me quieres?
INFANTE. «Como me adoras.
HERMENGARDA. «¿Como te imploro tambien me imploras?
INFANTE. «Yo soy tu esclavo.
HERMENGARDA. «Tu esclava soy. (*Pausa.*)
«Mas una pena
«de angustia llena
«mi triste pecho.
INFANTE. «¡Tú padecer?...
«Si cierto fuera,
«contento diera
«por evitarlo todo mi sér.»
HERMENGARDA. La que de madre me sirve, quiere
que no te adore mi corazon.
INFANTE. Quizá no sabe que es hijo suyo
quien por tí abriga tanta pasion.
HERMENGARDA. ¿Tú eres infante? (*Aterrada.*)
INFANTE. Conde heredero
de una corona.
HERMENGARDA. ¿Por qué me quieres!...¡por qué te quiero!..
INFANTE. Hijo del bravo conde Ramon,
su augusto trono de Barcelona
será tu asiento.
HERMENGARDA. ¡Vana ilusion!
INFANTE. ¡Cielos!
HERMENGARDA. Tu madre para la patria
pide tu esfuerzo.
INFANTE. ¿Cuándo el amor
que al alma infunde fuerza y bravura
de patrias lides se amedrentó?
HERMENGARDA. Eres infante.

INFANTE. Tu nombre abona
los claros timbres que hay en mi grey;
la sangre ilustre de los Narbona
bulle en tus venas.
HERMENGARDA. Tu serás rey...
Ahora comprendo
bien, que á tu madre
mi amor no cuadre,
¡triste de mí!
INFANTE. ¡Luz de mis ojos!
Sin tí, alma mia,
yo moriria
HERMENGARDA. Júralo aquí.
INFANTE. (*Repara en el altar, y se dirige á él y pone la mano sobre los santos Evangelios.*)
Sobre este libro, santo Evangelio
de las doctrinas del Redentor,
juro en su nombre, que duradero
como mi vida, será mi amor.
HERMENGARDA. Que Dios te escuche.
INFANTE. ¿Qué temes ya?
HERMENGARDA. De la condesa temo el enojo,
pero te amo...
INFANTE. (*Al ver que se abre la puerta de la derecha.*)
¡Silencio!
HERMENGARDA. (¡Ah!)

ESCENA X.

DICHOS: RAMON DE FOLCH, MAHALTA y AYMERICO, *saliendo por la derecha.*

FOLCH. Hélo allí. Ya es preciso que tu labio
diga al mancebo lo que no podia
decir al niño ayer! Sepa el agravio
que ha de vengar.
MAHALTA. Y el nombre aborrecido
del asesino de su padre. El dia
llegó de la venganza.
INFANTE. Madre mia,
Ramon; llegad los tres.
FOLCH. Salud, infante.
INFANTE. Hablaros necesito. De vosotros
depende el bienestar y la alegria

que busca ansioso el corazon amante
de un infeliz.

FOLCH. Señor: mal tu secreto
supistes ocultar.

INFANTE. ¡Cómo!

FOLCH. El cariño
maternal, es un Argos más discreto
que imaginaste: el corazon del niño
que por primera vez late al impulso
del amor, es un libro cuyas hojas
mueve el suspiro maternal; penetra
cuanto en él hay escrito, y va robando
su mas honda intencion letra por letra,
porque el dedo de Dios le va guiando.

INFANTE. Es decir que sabeis...

MAHALTA. Llega, Hermengarda.
¿Tú le amas, es verdad?

HERMENGARDA. Señora!...

MAHALTA. Mírame
frente á frente y responde.

HERMENGARDA. ¡Oh, sí; le amo!

INFANTE. ¡Dicha inefable!

MAHALTA. La rosada tinta
que tus mejillas con su fuego pinta,
son las letras del libro misterioso
de tu inocente corazon; en ellas
leo tu sentimiento candoroso
tan claro como Dios en las estrellas.

INFANTE. Conque accedes...

AYMERICO. Aguarda,
infante Berenguer. Ella es mi hija:
para alcanzar la mano de Hermengarda
no es bastante heredar una corona.
Si en tí la sangre soberana alienta
de Ramon Berenguer de Barcelona,
ella es noble á la par: su raza cuenta
cien varones ilustres, cuyos hechos
gloria son de los hijos de Narbona,
y es sangre real la sangre en nuestros pechos.

INFANTE. ¿Qué me quieres decir?

AYMERICO. Que á mi nobleza
no satisface el nombre oscurecido
de un soberano que á vivir empieza
sin llevar en su abono

más recomendacion ni más proeza,
que la esperanza de subir á un trono.
Hazte primero digno de tu estirpe
valerosa; enriquece los cuarteles
de tu condal escudo, y cuando puedas
lambrequinar tu yelmo de laureles,
más digno de ella alcanzarás su mano
como cumple á tu orgullo soberano.

INFANTE. Aymerico: heredero de la gloria
de mi padre y señor, que está en el cielo,
digno soy de su nombre y su memoria.

AYMERICO. No has vengado á tu padre todavía.

INFANTE. ¿Quién fué su matador? ¿Dónde se oculta?
El misterioso velo
que encubre el nombre del infame, en vano
procuré descorrer. Su alevosía
protegen la traicion, la cobardía!
Si Dios entre las sombras le sepulta
¿cómo aclarar tan invisible arcano?
Dime quién es, y por mi honor te ofrezco
buscarle sin descanso, aunque el profundo
lo esconda en sus entrañas: si mi mano
no dá castigo á su delito inmundo,
júzgueme Dios y lance eternamente
su justa maldicion sobre mi frente.

MAHALTA. ¡Hijo mio!

HERMENGARDA. ¡Señor!...

FOLCH. Tú lo has jurado;
cumple.

INFANTE. ¿Qué dices?

FOLCH. ¡Oye, desgraciado!
Diez años há, tu padre el soberano
despues de haber cansado á la fortuna,
triunfante del guerrero mahometano
que humilló ante la cruz la media luna,
celebraba con fiestas y torneos
sus gloriosas victorias alcanzadas,
y enriqueció sus múltiples trofeos
con nuevas y sangrientas algaradas.
Una mañana, el sol por el espacio
sus abrasantes rayos extendia;
las gentes pululaban en palacio
de aprestos venatorios arreadas
anunciando una alegre cacería.

Al pié de la almenada fortaleza
relinchaban los árabes corceles,
y más lejos la inquieta jauría
lanzaba penetrantes los aullidos
revolviendo en el aire la cabeza.
Muy pronto los dinteles
de las férreas entradas retemblaron
al son desgarrador de los tañidos
que en las limpias bocinas resonaron.
Cabalgó la arrogante comitiva;
tu padre al frente: resonó de nuevo
la señal de la trompa cazadora,
se alzó en el viento atronador un viva,
y partió la falange voladora
remolinando el polvo de la sierra
y entonando sus cánticos de guerra.

MAHALTA. ¡Cómo cambió en dolor tanta alegría!

INFANTE. Déjale que prosiga, madre mia!

FOLCH. Cruzando un bosque de leñosos pinos,
cuyo dosel formado de ramaje
cerraba al sol la entrada, por caminos
alfombrados de césped y follaje,
hicieron su señal los ojeadores
llamando á los monteros impacientes;
y echaron nuestros bravos cazadores
al escape por sendas diferentes.
Tu padre, con nosotros, decidido
lanzó su palafren por un vallado;
cuando á lo lejos sorprendióle un ruido
que á nosotros llegaba acelerado.
Al pié de los espesos matorrales
nos paramos los tres: saltó una cierva
que salvando malezas y jarales
se echó sobre la yerba;
y al vernos frente á frente
huyó despavorida nuevamente
volando entre pizarras y breñales.
La seguimos los dos en su carrera;
cruzamos una trocha; y de repente,
cercana á la ladera
sus astas se engancharon en las ramas
de una zarza silvestre que seriva
de valladar al rústico camino,
y hasta el valle vecino

sus ramosos arbustos estendia.
Tomé una flecha del carcaj, lancéla
con fuerte brazo, y su afilada punta
entró en el corazon de la gacela
dejándola difunta.
Hizo Aymerico la señal, tañendo
su bocina, y volvimos al pasaje
donde estaba tu padre. ¡Atroz, horrendo
fué el cuadro aterrador! Sobre el ramaje
tendido el conde, lívido su rostro,
la sangrienta mirada dirigia
buscando en derredor á un asesino;
convulso movmiento de agonía
estremece su cuerpo... y de repente
cerró sus ojos á la luz del dia!...

INFANTE. ¡Pobre padre!...

AYMERICO. ¡La mano del Destino
fué con él clemente!

MAHALTA. Aun su recuerdo me estremece!

FOLCH. Ahora,
¿quieres saber el nombre del infame
que le dió muerte?

INFANTE. ¿Tú lo sabes?... ¡Habla!
¡Dímelo de una vez!... Por qué lo ignora
la corte, el mundo, ¡yo! ¿Por qué callaste
si lo sabias? Tiemble el homicida
de mi justo furor!... ¡Pero responde!

FOLCH. Infante: el hierro que cortó la vida
de tu padre infeliz, tiene grabadas,
unas armas de conde
y una corona real!

INFANTE. ¡Qué dices!

FOLCH. Toma. (*Dándole una daga.*)

INFANTE. ¡Gran Dios!... ¡Mi mismo padre!...

AYMERICO. No: su herida
fué en la espalda.

INFANTE. ¡Me asombras!

MAHALTA. El cadáver
conservaba un puñal en la cintura!

INFANTE. Entonces... no comprendo...

FOLCH. ¿No adivinas?...
Armas reales, corona...
y el sello de la rica empuñadura...

INFANTE. ¡El sello del señor de Barcelona! (*Mirándolo.*)

FOLCH. En vida de tu padre, y en su corte,
¿quién pudo de tal arma ser el dueño!
INFANTE. Solamente... ¡Mas no!... Su mismo hermano;
mi tio... Es imposible!...
AIMERICO. Hijo del conde;
despierta!...
INFANTE. ¡No es un sueño!...
MAHALTA. Despierta, hijo del mártir soberano!...
INFANTE. ¡Gran Dios!... ¡Será verdad!... El hombre mismo
que cuidó de mi infancia!
MAHALTA. El que se sienta
bajo el regio dosel!...
HERMENGARDA. ¡Tremendo abismo!...
INFANTE. ¡Insondable!
FOLCH. Conoces el misterio
que envolvió la sangrienta
mano del matador.
AIMERICO. ¡Del fratricida!
MAHALTA. ¡Venga á tu padre, huérfano infelice!...
INFANTE. ¡Oh, padre de mi vida!...
AIMERICO. Infante, venga al conde soberano
de Barcelona!...
FOLCH. ¡Berenguer tercero...
Tú mismo debes cercenar la mano
del asesino!...
INFANTE. ¡Sí!!!
HERMENGARDA. ¡Dios infinito!...
¡Qué es esto!...
FOLCH. ¿Cumplirás?
INFANTE. ¿Quién lo ha dudado?
¿Quién me ofende? El infante, el caballero,
el huérfano os empeña su sagrado
juramento... ¡Escuchad. Sobre este acero
tinto en la sangre de mi egregio padre,
y ante vosotros, sus amigos fieles,
y en la presencia de mi triste madre,
juro beber la sangre maldecida
que á orfandad prematura me condena,
¡en el cráneo del mismo fratricida!
HERMENGARDA. ¡Ah! (*Horrorizada.*)
INFANTE. Destrozarle el corazon de hiena
entre mis propias manos...
y arrojar mutilado á las montañas
su cuerpo carcomido de gusanos,

pasto á ser de las águilas feroces
que cebarán el pico en sus entrañas!...

HERMENGARDA. ¡Qué horror!

MAHALTA. ¡Ven á mis brazos, hijo mio!
¡No desmientes al héroe!

INFANTE. ¿Me conoces,
oh madre?

MAHALTA. En tí la raza gloriosa
de Ramon Berenguer vive y alienta.
En tí la sangre altiva y valerosa
del héroe catalan lúcha y fermenta!

ESCENA XI.

DICHOS, VELLIDO.

VELLIDO. Señor: en la antecámara vecina
esperan varios nobles, reunidos.

AYMERICO. Condúcelos aquí, tú mientras tanto (*Vase Vellido.*)
por todos velarás.
(*Al Infante.*) Son mis parciales
que vienen en tu ayuda decididos.
Retírate á tu cámara, hija mia. (*Conduciéndola de la mano.*)

INFANTE. Una conspiracion...

FOLCH. Esos leales
amigos de tu padre, solo aguardan
tu voz para lanzarse á la pelea.

INFANTE Lleguen pues, que ya tardan.

ESCENA XII.

DICHOS, LOS NOBLES CONJURADOS.

MAHALTA. Aquí están.

AYMERICO. Guarde Dios á los barones
del suelo catalan.

GUILLERMO. Noble Aymerico,
Dios ampare la causa desgraciada
que defendemos todos.

FOLCH. Campeones
del honor; si la empresa es arriesgada,
digno de vuestros bravos corazones
será el triunfo al final de la jornada.

TODOS. Así sea.

MAHALTA. Deodato, Geriberto,
Udulardo, Guillen, Guifredo, Umberto,
hoy por la vez primera ante vosotros
el hijo de mi esposo se presenta.
Saludad al Infante soberano
de Barcelona, Berenguer tercero,
que á su glorioso padre representa.

FOLCH. Saludémosle todos

GUILLERMO. Yo el primero. (*Besándole la mano.*)

AIMERICO. Infante Berenguer: en tu presencia
tienes á los bizarros paladines
que te envia la justa Providencia.
«A un acento, una seña, una mirada,
«se lanzarán al campo. Todos fueron
«amigos de tu padre,
«y á ofrecerte su espada aquí vinieron.
«Acéptalos, señor: ellos te juran
«amistad, obediencia, y la victoria
«su lealtad y sus hechos te aseguran:
«todos ellos son hijos de la gloria.

GUILLERMO. «Señor: noble nací. La sangre mia
«nunca se desmintió, y en cien batallas
«dí muestras de mi arrojo y valentía
«vertiéndola á torrentes en defensa
«de mi patria y mi rey! Rojas mis mallas
«en sangre propia y musulmana sangre,
«pinté de gules el sinople escudo
«que mis nobles abuelos me legaron
«bordado de magníficos cuarteles,
«y hoy á tus plantas á ofrecerte acudo
«mi corazon, mi brazo, mis joyeles,
«mi lanza y mis vasallos,
«y mil peones mas... y cien caballos!»
Conmigo vienen á ayudar la empresa
y á brindarte su espada vencedora
los nobles catalanes,
haciendo todos de lidiar promesa
«hasta dejar cumplidos tus afanes,
«arrojando del trono al soberano
«que reina usurpador. Todos execran
«la condicion infame del tirano
«fratricida, y te juran nuevamente
«lidiar hasta morir heroicamente.»

TODOS. ¡Sí!

INFANTE. Amigos: vuestro arrojo sobre humano,
nuncio de la victoria apetecida,
me alienta y fortalece. En la alborada
del nebuloso cielo de mi vida,
resplandece una nube ensangrentada.
Vivo el reflejo, al colorar mi frente,
con rojos signos de venganza escribe:
«Lidia, vence, extermina... en tí latente
»todo el furor de la justicia vive!
»obedece al destino que lo ordena.»
Pues bien; ya que lo quiere mi destino
lucharé y venceré como la hiena
que ruge hambrienta en áspero camino.
No habrá piedad ni tregua: entre mis brazos
preso una vez el tigre carnicero
arrojaré su cuerpo hecho pedazos
al furor de mi pueblo justiciero!
¡Venganza!...

TODOS. Sí, venganza...

INFANTE. ¡Oh, padre mio!
Si tras el ancho azul de los espacios
mi acento retumbando en el vacío
oyes desde los célicos palacios,
dame tu bendicion... Préstame aliento
para llevar á cabo la venganza,
y acepta mi sagrado juramento
símbolo de mi arrojo y mi esperanza!

FOLCH. «En, pues... Aymerico de Narbona,
«la suerte nos ayuda. Yo en el nombre
«de todos nuestros deudos y parciales
«vine al castillo. El fratricida, el hombre
«que buscamos se encuentra en Barcelona.
«Yo le ví; yo le hablé: déspota fiero,
«subyuga al pueblo, el pueblo le aborrece:
«insulta á la nobleza, á tí el primero,
«y la altiva nobleza conjurada
«apoya nuestra empresa. ¿Qué aguardamos?
«La ocasion deseada
«que hace más de diez años nos sonrie,
«se presenta propicia á nuestros ojos.
«¡Muera el tirano!...

TODOS. «¡Muera!

AYMERICO. «Dios nos guie,
«Ramon Folch de Cardona.

FOLCH. «¿Estás dispuesto?
AYMERICO. «Lo estoy. Vosotros todos...
TODOS. «Todos.
AYMERICO. «Pues á lidiar.
FOLCH. «Prudencia, hermanos.
«Cada cual á su puesto.
«Mañana, cuando el sol en Occidente
«hunda á lo lejos su encendido rostro,
«el palacio cercad secretamente
«y esperad con cautela.
«Yo disfrazado llegaré hasta el conde,
«sobornando al nocturno centinela
«que guarda la anchurosa galería
«del torreon: conmigo irá el Infante;
«con el Infante, el afilado acero
«que á Ramon Berenguer dió muerte un dia!
«¿Comprendeis? Esperad... y en el instante
«que del buho agorero
«trés veces á lo lejos repetida
«la voz, turbe el silencio misterioso
«de la noche en lo oscuro,
«dos escalas caerán desde la almena;
«trepad por ellas y asaltad el muro.
«Dueños del campo, al aire las espadas;
«rasgue las sombras el clarin guerrero...
«y penetrad en el palacio al grito
«de «Viva el conde Berenguer tercero!»
«Entonces mas que nunca necesito
«de vuestro arrojo. Sin cuartel, horrible
«debe allí ser la lucha... Mal os digo;
«no la lucha: la atroz carnicería:
«corra la sangre á mares desbordados,
«y encuéntrenos la luz del nuevo dia
«en rojos remolinos anegados.
«Así al brillar de nuevo en el Oriente
«la eterna faz del sol sobre el espacio,
«alumbrará su rayo refulgente
«nuestro glorioso triunfo en el palacio.
TODOS. ¡Sí!... ¡sí!...
MAHALTA. (*Adelantándose con la espada-mandoble que ha descolgado del muro.*)
Ministros del furor del cielo;
á lidiar y á vencer!... Sobre vosotros
tiende sus alas revolviendo el vuelo

el Angel vengador de las justicias!...
Guerra: exterminio... Vuestro brazo fuerte
esparza en torno destruccion y muerte:
Húndase la traicion hoy levantada
hasta el sumo poder; yo con vosotros,
yo á vuestro lado blandiré una espada.
La voz desgarradora y palpitante
de Ramon Berenguer, mi real esposo,
me ordena combatir por el Infante;
en mí hay aliento y corazon bastante
para seguiros á la lid sangrienta
y á vuestro lado combatir ufana;
que el fragor de las armas no amedrenta
á la altiva matrona catalana.
Ramon de Folch; constante compañero
del noble conde; vengador del mártir;
en tu mano leal brille su acero
vencedor; á tu arrojo lo confio;
vierte con él la sangre detestada
del asesino del esposo mio;
yo en el combate blandiré tu espada.
(*Entrega á Folch la espada del conde: Folch desenvaina la suya y la entrega á Mahalta.*)
Rayo de Dios que asolador fulmina
sobre el viento su mano armipotente:
presta impulso á mi brazo y extermina
del fratricida la manchada frente!

FOLCH. ¡Viva Mahalta!

TODOS. ¡Viva!

AYMERICO. Como buenos
vamos pues á luchar.

FOLCH. (*Llegando á la puerta de la cápilla y estendiendo la mano derecha sobre el libro abierto de los Evangelios y la izquierda con la espada-mandoble en el aire.*)
Por la sagrada
memoria de Jesús, puesta la mano
sobre el libro divino, juro al cielo
cumplir como leal, como cristiano.
Castigueme el Señor si la promesa
llegase á quebrantar.—Conmigo todos
jurad.

TODOS. ¡Jurado está!
(*Estendiendo sus espadas sobre la hoja que blande Folch.*)

INFANTE. Ni un solo instante
retardemos la lid!
MAHALTA. Dia glorioso
tras diez años de afanes conseguido.
¡Por fin la viuda vengará al esposo!
INFANTE. Y el huérfano afligido
á su padre infeliz.
FOLCH. ¡Viva el infante¡
TODOS. ¡Viva¡
(*En este momento, se abren las puertas de la izquierda y penetran en la escena multitud de soldados. En la del segundo bastidor de la que da frente al público aparece otro cuadro de guerreros al frente de los cuales está Berenguer Ramon.*)
BERENGUER. ¡Infames¡
TODOS. ¡Traicion!

ESCENA XIII.

DICHOS, BERENGUER RAMON *y* SOLDADOS.

BERENGUER. En la presencia
de Berenguer Ramon el soberano,
la rodilla inclinad!
(*Pausa larga.*)
(*Momentos de sorpresa é indecision en los conjurados. De pronto el Infante se iergue y dice con un grito desgarrador.*)
INFANTE. ¡Muera el tirano!
(*Los conjurados se lanzan contra la gente del Conde: lucha general.*)
BERENGUER. ¡Soldados!...
(*A los suyos. Trabado el combate, baja Berenguer al proscenio y hace frente á Folch.*)
Tú conmigo.
FOLCH. ¡Fratricida!
Mira...
(*Agarrando la espada por la hoja y presentando á los ojos de Berenguer la cruz de la empuñadura.*)
BERENGUER. ¡Gran Dios¡...
(*Retrocede dos pasos, deja caer su espada y queda aterrado.*)
FOLCH. La espada de tu hermano,
testigo acusador de tu fiereza¡

¡La conoces!...

(*Avanzando siempre hácia el Conde, el cual retrocede maquinalmente.*)

¡Responde!

MAHALTA. ¡Folch!... Tu vida salva!

(*Abriendo la puertecilla secreta y señalándosela á Folch: este se precipita por ella y desaparece.*)

FOLCH. ¡Gracias!... (*Al salir.*)

BERENGUER. ¡Cobarde!...

(*Como despertando. Lánzase á la puerta secreta seguido de cuatro ó seis de los suyos.*)

MAH ALTA. !Atrás!

(*Interponiéndose y cubriendo con su cuerpo la salida: en este instante la puerta se cierra con estrépito. Berenguer hace un movimiento de rabia mirando á Mahalta; luego se vuelve á sus gentes y les dice con desesperacion el verso final. Mucha rapidez en todos estos juegos.*)

BERENGUER. ¡Oh!... ¡Su cabeza!... su cabeza!

(*Continua la lucha: los conjurados replegándose al foro. Cuadro general que cubre rápidamente el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Gran salon gótico con rompimiento al foro, en el palacio de los condes de Barcelona. Panoplias con armas. Puertas á derecha é izquierda. Sitial blasonado, mesa con tapete acuartelado y junto al sitial un escabel. Por la última galería del fondo, se pasea un soldado con su ballesta al brazo.

ESCENA PRIMERA.

BERENGUER, GUILLERMO, *en traje de caballero.*

BERENGUER. Debo á tu sagacidad
más que al valor de mi gente,
Guillermo, y es bien que intente
dar premio á tu lealtad.
GUILLERMO. Como ahora, en toda ocasion
con mi deber cumpliré.
BERENGUER. Porque entiendas que lo sé
te preparo el galardon.
Quedó por mí la jornada,
y pues reposo tranquilo,
dime cómo hallaste el hilo
de esa red enmarañada.
GUILLERMO. Un dia, el Sol al dintel
llegaba del Occidente
cuando el Infante, riente
cabalgaba en su corcel.
En su bizarra apostural
fija mi atencion tenia,
que es mucha su gallardía.
BERENGUER. Me enoja más su bravura.

Prosigue.

GUILLERMO. De Barcelona
le ví corriendo salir,
y su alazan dirigir
á las tierras de Gerona.
La espesa niebla del mar
por los campos se extendió
y del corcel envolvió
el ardiente galopar.
En vano la vista mia
fija mantuve aguardando
largas horas; esperando
que el Infante volveria.
Otro sol vino y pasó,
y aquí al Infante no hallé
por más que lo procuré.
Mas con la noche, volvió.
Le ví tres veces partir,
tres dias de aquí faltar,
el mismo corcel montar,
la misma senda seguir.

BERENGUER. ¿Pero qué hiciste?

GUILLERMO. Juzgué
tal carrera, en tiempos tales,
orígen de graves males,
y me dije,—lo sabré.—

BERENGUER. Sigue.

GUILLERMO. Otra vez, por su mal
el ginete cabalgó;
mas esta vez le siguió
envuelto en pobre sayal
y con traje de mendigo,
un ginete que montaba
audaz corcel, y aguardaba
del palacio en el postigo.

BERENGUER. Eras tú.

GUILLERMO. Dejé que el otro
tomase la delantera
y me lancé á la carrera
soltando la rienda al potro.
Montes y valles cruzamos,
y del tol al nuevo brillo,
de un solitario castillo
ante los muros llegamos.

Mi caballo en la espesura
dejé oculto de un pinar,
y fuí al castillo á llamar
con acento de amargura.
Movidos de compasion
diéronme pan los soldados;
y conversando fiados
de mi pobre condicion,
dijeron lo que no quiero
yo repetiros aquí.
Salió el Infante y tendí
mi mano hácia el caballero.
Socorrióme con largueza
y respetos poco usados,
que en esto dejo probados
los timbres de su nobleza.

BERENGUER. Sigue y no tu elogio aplace
ni entretenga tu atencion.

GUILLERMO. (¡Cuál le odia su corazon
y cómo ese odio me place!)

BERENGUER. Continúa.

GUILLERMO. Hízome señas
el Infante y cabalgó:
seguíle avisado yo,
y le alcancé entre unas breñas.
Allí supe los amores
que á Hermengarda le ligaban,
y del castillo ignoraban
los otros habitadores.
Hízome el enamorado
confidente consejero...
No hubo espía más artero
que yo ni menos celado.
Valido de mi ropaje
hasta Hermengarda llegué:
muchos suspiros llevé,
muchas esperanzas traje.
Ví encubiertos caballeros
llegar en ricos bridones,
escuché conversaciones,
sorprendí á los escuderos.
Vine, os avisé, volví,
hallé á Hermengarda angustiada
por la ondesa Ccelada,

me dió una llave y salí.
Traspuse el monte, os hallé,
y ya con mi empresa cierta,
busqué la escondida puerta,
al atalaya miré;
y á la primera ocasion
con buen ojo y mejor brazo,
de un certero ballestazo
le traspasé el corazon.
Llegásteis con vuestra gente,
y de la noche en lo oscuro
os guié hasta el pié del muro
por el jaral del torrente.
Bajo la almena apiñados,
cedió á la llave el postigo;
penetré yo, vos conmigo
y detrás vuestros soldados.
Dí con el pié al centinela
que el sueño eterno dormia,
recéle un Ave María...
y seguimos con cautela.
Cayeron los servidores
de la Condesa, al certero
golpe de mi fino acero
en los anchos corredores,
y ya sin valla notoria
que salvar, vimos, oimos
y lidiamos y vencimos,
y aquí se acaba la historia.

BERENGUER. Por grande el triunfo tuviera
si entre el botin apresado,
el caballero esforzado
Ramon de Folch estuviera.

GUILLERMO. Y fuí de su huella en pos
con empeño, pero en vano:
me ganaron por la mano
juntos el demonio y Dios.

BERENGUER. Tu empresa valor pregona,
y es muy justo que me asombre
y que por ella te nombre
vizconde de Carcasona.

GUILLERMO. Aspiro á un premio mayor
que no ha de costaros más.

BERENGUER. Guillermo, ¿qué pedirás

que me parezca favor?
Habla: cuanto dentro esté
de mi condal poderío,
vé recordando.

GUILLERMO. En vos fio.

BERENGUER. Jurado está por mi fé.

GUILLERMO. Conde, yo os pido un tesoro.

BERENGUER. ¿Cuál?

GUILLERMO. De Hermengarda el amor.

BERENGUER. ¡Ah! ¿con que la amas?

GUILLERMO. Señor,
amarla es poco, la adoro. (*Pausa.*)
¿No me respondeis?

BERENGUER. Por Dios
que su padre es altanero.

GUILLERMO. Su padre está prisionero...
por delito... contra vos.

BERENGUER. Es noble, casi mi hermano,
un Narbona, raza egregia,

GUILLERMO. La sangre, aunque sea régia,
no deja mancha en la mano.
(*Mirando á la del Conde.*)

BERENGUER. (*Se estremece, mira á Guillermo, repara en la mirada de este, y hace un leve movimiento como para esconder su mano, pero luego se domina.*)
Me asombra tu sutileza

GUILLERMO. Señor, si esto os enojase...

BERENGUER. ¿Quién piensa tal? (Esa frase
te ha de costar la cabeza.)
Bueno: lo que está jurado
cúmplase.

GUILLERMO. (Mal que te cuadre.)

BERENGUER. Llama al infante. (*Tomándole por el brazo.*)
Su madre...

GUILLERMO. Comprendo, está á mi cuidado.

BERENGUER. Los otros...

GUILLERMO. Fiad en mí.
Están seguros.

BERENGUER. Vé á vellos.

GUILLERMO. Voyme pues. (*Inclinándose.*)

BERENGUER. Líbrame de ellos. (*A media voz.*)

GUILLERMO. (Dios libre á todos de tí.)

ESCENA II.

BERENGUER.

Tigre me llaman; se encona
el pueblo con mi persona,
pues con esté comparado
es un bien aventurado
el conde de Barcelona.
Es un traidor, mal amigo,
y de mis culpas testigo:
demos brío á su puñal,
mas cuando cierre conmigo
yo estrangularé al chacal.
A su sarcástico acento
yo temblé, ¡condenacion!
¿Qué se hizo de mi ardimiento?
O tengo remordimiento
ó me falta corazon.
Mis enrojecidas mallas
publican el valor mio:
vencí al moro en cien batallas,
¿y ante tan mezquinas vallas
ha de ceder tanto brio?
¿Porqué he de temblar, porqué,
yo que jamás desmayé?
¿Es lo que angustia me dá
espanto de lo que fué
ó miedo á lo que será?
¡Miedo!... ¡por la luz del dia!...
Si nuevamente me hallara
con quien reinar me estorbara,
cien veces le mataria
si otras cien resucitara.
Vea el pueblo entero, vea
la nobleza mi valor
que altivo se enseñorea.
Solamente me dá horror
ese Folch... ¡Maldito sea!
Aquella espada... la veo
por su audaz mano esgrimida,
y en la cruz enrojecida
siempre con espanto leo

la palabra fratricida.
Pero ¡guay! si llega ese hombre
en mis manos á parar!
He de hacer que al mundo asombre
su muerte. No he de dejar
ni recuerdo de su nombre. (*Queda abismado.*)

ESCENA III.

EL INFANTE, BERENGUER.

INFANTE. (*Se adelanta con pausa hasta llegar frente al sitial que ocupa Berenguer.*)
Salud, conde soberano.
BERENGUER. (*Saliendo de su meditacion con estremecimiento.*)
¡Ah!
INFANTE. (¡Mi vista le estremece!)
BERENGUER. (Cuando él habla, me parece
que oigo la voz de mi hermano.)
INFANTE. ¿Me llamabas?
BERENGUER. Hora es ya
de que mi consejo escuches.
INFANTE. En vano será que luches,
el cielo conmigo vá.
Si un dia con arrogancia
mi altivo genio domaste,
fué porque ante mí te alzaste
cual protector de mi infancia.
Pero las nieblas de ayer
huyen; mi vida se aclara,
y vengo á echarte á la cara
tu alevoso proceder.
BERENGUER. ¡Infante! (*Con furia.*) Para ese encono, (*Domi-*
¿qué causas he dado yo... [*nándose.*)
ni cuando le mereció
el que vela por tu trono?
¿No perdoné tus desmanes?
Deja pues el furor ciego
y no turbes el sosiego
de mis fieles catalanes.
INFANTE. Te engañas: el corazon
catalan odio respira
contra tí, porque en tí mira
albergada la traicion.
Por tus antiguas acciones

quizás tu cetro peligre;
no es justo que venga un tigre
á reinar entre leones.
Dios ayudará en su empeño
al que justicia demande.
No obedece un pueblo grande
cuando su rey es pequeño.

BERENGUER. ¡Juro á Dios y á mi corona,
infante, que me impacientas!

INFANTE. Esa corona que ostentas
no es tuya, es de Barcelona.

BERENGUER. Yo la llegué á merecer,
con mi sangre la he ganado.

INFANTE. El rey no es mas que un soldado,
y luchar es su deber.

BERENGUER. ¡Basta! ¡Ante mí tal desman!...

INFANTE. Lo quiere así tu destino.
Un soberano asesino
ni es noble ni catalan.

BERENGUER. ¡Rayo de Dios! Altanero,
tu propia ruina has labrado.

INFANTE. Fratricida, ¿has olvidado
que soy Berenguer tercero?

BERENGUER. (¡Cielos!)

INFANTE. ¿No oyes como zumba
dentro de tu pensamiento
el aterrador acento
con que te emplaza una tumba?
Acuérdate; el Sol declina
ya tras el monte cercano:
dá la señal á tu hermano
de Folch la ronca bocina.
En busca de su señor
el bravo vizconde avanza;
«¡Venganza, grita, venganza!
¡Maldiga Dios al traidor!»
¿Quién le asesinó? responde.

BERENGUER. (¡Oh! ¡qué recuerdo cruel!)

INFANTE. Cain, ¿qué has hecho de Abel?
Conde, ¿qué hiciste del conde?

BERENGUER. Basta: tu audacia quebranta
en Cataluña la paz,
y por ella soy capaz
de cercenar tu garganta.

Esa patraña insolente
con que al vulgo alimentais
y en contra de mí le alzais,
no espereis que me amedrente.
Antes que á mi compasion,
atenderé á mis deberes;
que es sangre de Berengueres
la que hay en mi corazon.
Infante, si tu altivez
no es por la razon domada,
perderás en la jornada
vida y trono de una vez.
Y si mi pueblo engañado
sigue en su rencor profundo,
haré que estremezca el mundo
la historia de mi reinado.

INFANTE. Esa hazaña, por mi vida,
ya la llegaste á obtener.
¿A quién no ha de estremecer
la historia de un fratricida?

BERENGUER. ¡Infante!

INFANTE. Dame un acero,
y solos aquí los dos
sin mas testigos que Dios,
veré si eres caballero.
Dámelo mal que te cuadre,
y vea aquí mi furor
si le robaste el valor
con la corona á mi padre.

BERENGUER. Infante, cese tu brio:
si nuestra sangre igual es,
dí si en tu sangre no ves
la prueba del valor mio.

INFANTE. ¡Nunca!

BERENGUER. Tu orígen condenas!...

INFANTE. Si tu sangre hallase en mí,
yo sin vacilar, aquí
soltara la de mis venas.

BERENGUER. ¡Ira del cielo!

INFANTE. ¿Aun rechaza
tu cobardía luchar?

BERENGUER. Infante, voy á probar
que soy digno de mi raza.
(*Vá hácia las panoplias, pero en este momento, aparece en el foro el heraldo. Al verle, el Infante y Berenguer se dominan.*)

ESCENA IV.

DICHOS, EL HERALDO.

HERALDO. Conde y señor: un prelado
á guisa de embajador,
solicita el alto honor
de hablarte.
BERENGUER. (Dios le ha enviado
quizá para nuestro bien.)
(*Al Heraldo.*)
Hacedle al punto llegar,
y con él pueden entrar
cuantos en palacio estén.

ESCENA V.

DICHOS, RAMON DE FOLCH *disfrazado completamentedde prelado*: GUILLERMO, NOBLES, SOLDADOS, ETC. MAHALTA, *y* HERMENGARDA.

FOLCH. Dios guarde al Conde soberano.
MAHALTA. (*Ap. al escuchar su voz.*) ¡Cielos!
BERENGUER. Bien venido á mi corte el emisario
de los ministros del altar. Decidme
cuál es vuestra mision.
FOLCH. En breve espacio
la sabreis.
MAHALTA. (Esa voz...)
FOLCH. A Barcelona
llegué momentos há, para anunciaros
la decision del último concilio
por Nos en Claramonte celebrado.
BERENGUER. Hablad, señor. Cual cumple á mi nobleza,
yo, Berenguer Ramon, conde cristiano,
sabré acatar las órdenes que dicten
en nombre del Concilio vuestros labios.
FOLCH. Asi lo esperan los que aquí me envian.
BERENGUER. Hablad, pues. Os escucho.
FOLCH. Coligados
en el nombre de Dios los sacerdotes
de la Sede Apostólica, invocaron
de la excelsa bondad luz que bastase

á iluminarles en el negro caos
de la duda, y pusiera en sus palabras
la prudencia y acierto necesarios.
Dios que vé la conciencia de los hombres,
movido de su fé, quiso escucharlos,
y alumbró el religioso entendimiento
de sus siervos mas fieles, los prelados.
Tendiendo al mundo la asombrada vista,
vieron una ciudad que en los lejanos
confines de la tierra levantaba
su gigante balumba en el espacio:
vieron entre sus pardos edificios
un huerto misterioso, solitario;
y un sepulcro escondido entre el ramaje,
nítida concha de brillante mármol,
donde guardó su prenda mas querida
el Supremo Hacedor de lo creado.

BERENGUER. ¡El sepulcro de Cristo!

FOLCH. La postrera
mansion del Redentor: el tabernáculo
de nuestra fé cristiana, escarnecido
por las hordas del fiero mahometano.

BERENGUER. ¡Es verdad!

FOLCH. ¡Es verdad! La media luna
alzada en los humildes santuarios,
insulta al cielo que sobre ella estiende,
ejemplo de bondad, su dulce manto.
La tierra tiembla estremecida y cruje
bajo sus piés: nosotros derramamos
lágrimas de dolor y de vergüenza
su desgraciada suerte contemplando.
Basta pues de llorar escarnecidos;
la Iglesia de Jesus en desagravio
de la injusta opresion, llama á los fieles
á una nueva cruzada. Es necesario
que la invencible cruz de sus aceros
limpie el Santo Sepulcro de gusanos,
y nos devuelva la perdida joya
presa del musulman há tantos años.
Tú, Berenguer Ramon de Barcelona,
marcharás á la lid con tus vasallos
en union de los príncipes ilustres
cuya fé y ardimiento inmaculado,
bajo el amparo del Señor, se aprestan

á defender la causa que amparamos.
¿Estás dispuesto?

BERENGUER. Siempre que me llama
la religion lo estoy.

FOLCH. Es cierto.

BERENGUER. ¿Cuándo
debo partir?

FOLCH. Mañana sin demora.

MAHALTA. (¡Mañana!) (*Ap. y con alegría.*)

BERENGUER. Es imposible. Alarga el plazo
tres soles mas.

FOLCH. No puedo. Esto me ordenan
que te diga.

BERENGUER. Secretos del Estado
me impiden acatar el mandamiento.

FOLCH. Antes que todo es Dios.

BERENGUER. Un soberano
no es dueño de sí propio, y mis deberes
me detienen aquí.

FOLCH. Tú eres esclavo
del Soberano de los cielos.

BERENGUER. Cierto;
mas...

INFANTE. ¡Basta! (*Adelantándose.*)

BERENGUER. ¡Infante! (*Sorprendido.*)

INFANTE. Escucha bien, anciano.
Fué Ramon Berenguer, mi augusto padre,
señor de Barcelona y sus Estados:
yo, unigénito suyo, heredo el trono
que me legó al morir, aunque entre tanto
bajo el régio dosel se siente un hombre
que de mi padre... se titula... hermano.
Yo soy el rey aquí: corona y cetro
me pertenecen ya por el sagrado
derecho de la herencia: ¿has comprendido?
Pues bien. Yo... rey en Barcelona, mando
que vuelvas al Concilio, y en mi nombre,
¡en mi Real nombre! digas que acatando
su voluntad suprema, haré que salgan
mañana mis ejércitos bizarros;
y al frente de ellos Berenguer, mi tio,
que á Palestina irá... ¡si no de grado,
por fuerza!...

BERENGUER. ¡Infante! (*Levantándose indignado.*)

INFANTE. Berenguer tercero,
¡no Infante soy!
MAHALTA. ¡Qué dice! (*Asustada.*)
BERENGUER. ¡Temerario!
¡El ángel te inspiró de la soberbia!
¿Así agradeces mi bondad? ¿En pago
del perdon que á tu ciega rebeldía,
á tu aleve intencion de asesinato
concedí generoso, así me ofendes?
INFANTE. ¿Tu perdon? Tu deber. ¿Has olvidado
quién soy?...
BERENGUER. ¡Niño!...
HERMENGARDA. ¡Infeliz!...
INFANTE. ¡Oh alevosía!...
¡Mírame bien!... Mis ojos inyectados
en sangre, ¿no te dicen, asesino,
que de mi padre el vengador me llamo?...
BERENGUER. ¡Basta!
INFANTE. Y si no lo cumplo, que desplome
sobre mi frente el firmamento un rayo! (*Con fuerza.*)
MAHALTA Y HERMENGARDA. ¡Desgraciado!
(*Rumores entre los nobles.*)
BERENGUER. ¡Prendedle!... ¡Sus palabras
reclaman un castigo!
HERMENGARDA. ¡Ah, no...!
MAHALTA. (*Adelantándose.*) ¡Malvados!
FOLCH. (¡Silencio y esperad!) (*Ap. á los dos mujeres.*)
MAHALTA Y HERMENGARDA. (¡Gran Dios!) (*Con sorpresa.*)
FOLCH. (Prudencia;
yo os prometo librarle del tirano!)
MAHALTA Y HERMENGARDA. ¡Ah!...
(*Los soldados se han apoderado del Infante que se deja prender sin hacer resistencia.*)
INFANTE. Solo así me vences, miserable!...
¡La fuerza es tuya!... El triste desamparo
en que me llegó á ver, prueban al mundo
la ruindad de esos pechos cortesanos,
que en derredor se apilan de tu trono
de adulacion serviles mercenarios.
Mas oye: la justicia que me asiste
es el soplo de Dios; con él combato;
y si en la lucha por sus altos fines
cedo á tus fuerzas, y vencido caigo,
llegará un dia en que á rendirle cuentas

ante el juicio de Dios comparezcamos;
y entonces... tiembla, ¡Berenguer! Tranquilo
en el Supremo Tribunal te emplazo.

BERENGUER. ¡Llevadle!

(*Los soldados se llevan preso al Infante.*)

MAHALTA. (¡Hijo del alma! ¡Digno siempre
de Ramon Berenguer!...)

HERMENGARDA. ¡Madre!...

BERENGUER. (*A Folch.*) Es en vano
que encarezca á tus ojos el peligro
que amaga mi poder. Has presenciado
la amenaza enojosa del Infante;
sus parciales trabajan sin descanso
contra mí: si me alejo de esta tierra
todo se pierde; debo en mi palacio
velar sin tregua y derrocar los planes
de rebelion teniendo mis soldados
en Barcelona. Vuelve á Claramonte
y dí al Concilio que su ley acato;
pero debo aguardar, si no pretendo
despeñarme yo mismo al dar un paso
imprudente y temible. Es mi respuesta.

FOLCH. Cumpliré mi deber.

BERENGUER. Lo espero. Vamos.

(*A los nobles. Vase por el foro seguido de toda la corte. Folch se marcha tambien por la derecha silenciosamente y sin apartar la vista de Mahalta que le mira fijamente hasta que desaparece.*)

ESCENA VI.

MAHALTA y HERMENGARDA.

HERMENGARDA. ¿Quién es ese hombre? Su acento
no me fué desconocido.

MAHALTA. ¡Calla!... Dios nos lo ha traido
sin duda en este momento.

HERMENGARDA. ¿Sabes su nombre?

MAHALTA. Prudencia.
Tal vez nos escuchan.

HERMENGARDA. Pero...

MAHALTA. Proteja del mensajero
los planes la Providencia.
Solo en su lealtad confio

HERMENGARDA. ¿Él nos salvará?
MAHALTA. ¡Pues no!...
HERMENGARDA. ¿Y al infante?
MAHALTA. ¿Libre yo,
se perdiera el hijo mio?
HERMENGARDA. Grande riesgo le amenaza;
Berenguer nunca perdona.
MAHALTA. Es un tigre: la leona,
mas fuerte, le despedaza.
No temas.
HERMENGARDA. A mi pesar
envidio tu noble aliento.
No sé qué presentimiento,
madre, me hace desmayar.
MAHALTA. Lanza lejos los temores
que anublan tu hermosa frente,
hija mia. El inocente
no tiemble de los traidores.
Madre y esposa ultrajada
por un infame homicida,
voy á arriesgar la partida
sin que me amedrente nada.
Esposa del caballero
Aymerico de Narbona,
tu padre que en Barcelona
se lamenta prisionero;
con fiera resolucion
aprestaré la venganza,
llevando la confianza
del cielo en mi corazon.
Justa es la causa que sigo.
¿Qué azares quieres que tema,
si la justicia suprema
de Dios lidiará conmigo?
No, no; fuera cobardía
indigna de mi nobleza:
cabeza contra cabeza,
voy á jugarme la mia!
HERMENGARDA. ¡Me espantas!...
MAHALTA. Cabe el temor
en un corazon de niña:
bien es que á tu edad se ciña
la timidez y el candor.
Yo, de Roberto Guiscardo

la altiva sangre sustento,
y en mi heredado ardimiento
ni tiemblo ni me acobardo.
Mi padre, heroico guerrero
de los siglos, vive en mí:
la primera luz que ví
fué el reflejo de su acero.
Aguila de la fortuna,
de asombro cubrió la tierra,
y sus cánticos de guerra
me arrullaron en la cuna.
Dormida, al eco marcial
de la sangrienta algarada,
desperté regocijada
sobre el pecho maternal.
Y era que ya presentia
la niña en su edad primera
toda la arrogancia fiera
del héroe de Normandía.
Por eso cuando mujer
la niña eligió un esposo,
su corazon valeroso
llamó á Ramon Berenguer.
Por eso del hijo mio
la santa causa protejo;
y en los reveses, no dejo
ni un solo instante mi brio.
Que tu temor y tu afan
no caben en mí, abrigando
la intrepidez del normando
y el valor del catalan.

ESCENA VII.

DICHAS.—GUILLERMO.

GUILLERMO. Dices bien, noble señora.
MAHALTA. ¿Quién va?
GUILLERMO. Temer fuera indigno
de un alma como la tuya
valerosa.
HERMENGARDA. (*Ap. á Mahalta.*) Nos ha oido.
GUILLERMO. Cuanto más grave la causa

y más cercano el peligro,
más fortaleza en el pecho
y más audacia y más brio!

MAHALTA. ¿Quién eres? (*Con altivez.*)

GUILLERMO. No me conoces
y fuera inútil decírtelo;
pero ya irás comprendiendo
quién soy.

HERMENGARDA. (¡Me extraña! Yo he oido
tambien esta voz en otro
lugar!...)

MAHALTA. ¿Qué quieres?

GUILLERMO. Deciros
á las dos lo que tal vez
ignorais.

HERMENGARDA. (*Ap. recordando.*) Sí; en el castillo...
¿Mas cuándo?

MAHALTA. Acaba.

GUILLERMO. El infante
corre un gran riesgo.

MAHALTA. (*Sobresaltada.*) ¡Mi hijo!...
Mientes. (*Serendndose.*)

GUILLERMO. ¿Miento? Oyeme atenta,
madre infeliz. Cuando el niño
con imprudentes palabras
de venganza y desafío
lanzó un insulto sangriento
á Berenguer, dió motivo
bastante para que el conde
cumpliese al fin los designios
que há tanto tiempo acaricia
dentro del pecho escondidos.
¿Tú que le conoces bien
juzgas que si fué benigno
con vosotros, os perdona
de corazon? No: delirios.

MAHALTA. Es verdad. Tiene en las venas
sangre feroz.

GUILLERMO. Y ofendido,
querrá vengarse logrando
su ambicion con el castigo.
Hoy le abona la disculpa,
y apoyado en los altivos
insultos que ante la corte

le dirigió su sobrino,
será implacable.

MAHALTA. Mas debe
respetar al hijo mio:
al heredero del conde
su hermano y señor.

GUILLERMO. Ha sido
capaz de dar muerte al padre:
no le arredró el fratricidio
por lograr sus ambiciones;
y el hombre que tal delito
perpetró, ¿vacilará
ante otro menor?

MAHALTA. (*Con espanto.*) ¡Qué has dicho!

GUILLERMO. Mahalta: cuando los hombres
criminales y asesinos,
por un extraño misterio
retroceden ante el grito
de su conciencia espantada,
basta para decidirlos
de nuevo al crímen, la voz
de un tentador, que á su oido
murmura continuamente
y lo arrastra al precipicio.
No hay duda: un mal consejero
es el peor enemigo.

MAHALTA. Pero ¿quién podrá en mi daño
abrigar tales inicuos
pensamientos?

GUILLERMO. El amor,
gérmen del crímen; principio
de los tormentos del alma;
desesperado incentivo
de la maldad: llave negra
del infierno, y extravío
de la razon y del alma
que son bajo su dominio
arietes de la conciencia
y rémoras para el juicio!

MAHALTA. ¡Amor!... ¿Qué dices?

GUILLERMO. Escucha,
Condesa. Amor impelido
de celos desgarradores,
fué quien os perdió. El destino,

siempre implacable, guió
á la mansion de Aymerico
un dia, á cierto infeliz
disfrazado de mendigo,
que fiel vasallo prestaba
al Infante sus servicios.

HERMENGARDA. ¡Ah! (*Recordando.*)

GUILLERMO. Vió á Hermengarda... y su pecho,
hasta aquel dia tranquilo,
sintió abrasarse á la luz
de dos luceros divinos:
saltó el corazon ardiente
con mas férvido latido...
y tembló un alma que nunca
dió á los temores abrigo.

HERMENGARDA. Prosigue!... (*Con ansiedad.*)

GUILLERMO. Amor y lealtad
lucharon con heroismo;
venció el amor: aquel hombre,
presa de afectos distintos,
sintió el aguijon terrible
de los celos; vió perdidos
sus ensueños en la tierra...
¡y fué traidor!
(*Folch aparece en la puerta del foro y queda escuchando hasta el final de la escena, á la vista del público.*)

HERMENGARDA. ¡Tú!... (*Grito desesperado.*)

GUILLERMO. ¡Yo mismo!...

HERMENGARDA. ¡Jesús!... (*Queda anonadada.*)

MAHALTA. ¡Qué sucede!

HERMENGARDA. ¡Madre,
perdon!... (*Llorando desalada.*)

MAHALTA. ¡De qué!... ¡No adivino!...

HERMENGARDA. ¡Yo fuí, yo fuí!... ¡Desdichada!...
Mi amor es quien le ha perdido!...

MAHALTA. ¿Qué dices?

HERMENGARDA. Yo, que á ese hombre
dí la llave del postigo
secreto; que le enseñé
los ocultos pasadizos
de la fortaleza!

MAHALTA. ¡Tú!...
¡No es posible!

HERMENGARDA. ¡Ay, que Dios quiso
que lo fuera!
MAHALTA. ¡Acaba!... ¡Acaba!...
HERMENGARDA. ¡Madre: qué mas necesito
decir para que lo entiendas!
Ese hombre estaba vendido
al Conde: lo escuchó todo:
apostó gente en los sitios
cercanos... ¡No sé!...
MAHALTA. ¡Ah, ya veo
la inmensidad del abismo
donde ruedo despeñada!
¡Tú!... fuiste tú quien previno
nuestra desgracia... ¡Maldita...
HERMENGARDA. ¡Ay!... (*Aterrada. Mahalta se detiene.*)
MAHALTA. ¡No: no sé lo que digo!...—
—¡Justo Dios! (*Alzando las manos.*)
(*Despues de una pausa y cruzándose de brazos con frialdad.*)
GUILLERMO. ¿Vas comprendiendo
quién soy?
MAHALTA. ¡Infame!... (*A Guillermo.*)
GUILLERMO. ¿Y has visto
si teniendo en mi poder
un rival aborrecido
á quien adora Hermengarda,
seré con él compasivo?
¿Lo has visto, Condesa?
MAHALTA. ¡Oh trance
cruel!...
GUILLERMO. Os queda un camino
de salvacion!
MAHALTA. ¿Cuál?
GUILLERMO. El Conde
confia en mí; yo he sabido
fascinarle, y no presume
que en el oculto recinto
de un pecho humano se encierra
todo... y todo cabe. El círculo
de hierro que os aprisiona
es fuerte; yo puedo abrirlo;
yo lo romperé... si accedes
á una condicion que exijo.
MAHALTA. Dila.

GUILLERMO. ¡Quiero ser esposo
de Hermengarda!
HERMENGARDA. Nunca.
MAHALTA. ¡Impío!...
¿Qué me propones?
GUILLERMO. Soy noble
como ella: la adoro: libro
á su hermano de la muerte,
y al enlazarla conmigo,
me hago vuestro partidario
contra el conde!...
MAHALTA. Ni ha nacido
noble quien traidor dos veces,
vende á su señor legítimo
primero, y luego al malvado
que le pagó: ni es cariño
lo que á Hermengarda profesa
tu alma perversa que el vicio
corrompió: ni puede ser
hombre tan vil su marido;
ni una madre sacrifica
cruel á eterno martirio
un hijo, por dar al otro
la libertad! Es preciso
ser una hiena implacable...
como tú, bastardo indigno,
para injuriar de ese modo
mi amor maternal!
HERMENGARDA. ¿Qué he oido?
¡Madre, me amas!... ¡luego entonces
me perdonas!...
MAHALTA. ¿Y quién dijo
que una madre guarde nunca
rencor!...
HERMENGARDA. ¡Gracias, infinito
Señor!...
MAHALTA. ¡A mis brazos! (*Se abrazan.*)
GUILLERMO. Piensa,
Mahalta. El triste cautivo
que gime en duras prisiones
quizás aguarda el suplicio!
MAHALTA Y HERMENGARDA. ¡Ah! (*Retorciéndose las manos.*)
GUILLERMO. Piensa que tú te puedes
salvar. Decide...

MAHALTA. Decido... (*Va á hablar y la voz*
HERMENGARDA. ¡Madre!... [*de Hermengarda la detiene.*)
MAHALTA. ¡No puedo!
GUILLERMO. ¡Temblad
entonces!... (*Con acento terrible.*)
LAS DOS. ¡Ah!...
MAHALTA. (*Al ver á Folch.*) ¡Es él!... ¡Respiro!..

ESCENA VIII.

DICHOS, FOLCH.

FOLCH. (*Adelantándose y tocando en el hombro á Guillermo.*)
¿Quereis hacerme una gracia?
GUILLERMO. ¡Cielos! ¡Mandad!...
FOLCH. Os suplico
digais á vuestro señor
el Conde, que solicito
una audiencia en esta cámara.
GUILLERMO. Se lo diré. ¡Si ha podido
escuchar...!
MAHALTA. Salgamos pues.
La mano, padre. (*Folch alarga la mano á Mahal-*
¡Su anillo! [*ta y esta la besa.*
¡Es él!... Vamos, hija mia.)
HERMENGARDA. Vamos.
GUILLERMO. Con vuestro permiso. (*Saludando.*)
Vase por el fondo con las dos mujeres que miran á Folch fijamente hasta llegar á la puerta.

ESCENA IX.

FOLCH, *solo.*

¡Pobre mujer!... La suerte despiadada
se empeña en perseguirla de contínuo;
mártir de amor al cielo arrebatada
por la implacable mano del destino!...
Para llegar al fin de la jornada
Dios me arrojó sin duda en su camino:
pues bien, yo lucharé: su causa es mia,
y hasta el final le serviré de guia.
Valor me sobra y corazon entero
que nunca cede á la contraria suerte:

para alcanzar el triunfo justiciero
me acude la razon; soy el mas fuerte.
Mas si en la lucha en que vencer espero
cede mi fuerza al soplo de la muerte,
Madre de Dios tu divinal clemencia
proteja, contra el crímen, la inocencia!

ESCENA X.

FOLCH *y* BERENGUER RAMON.

BERENGUER. ¿Qué me quereis?
FOLCH. ¿Señor, ¿estamos solos?
BERENGUER. ¿No lo veis? (*Con estrañeza.*)
FOLCH. En palacio no es prudente
fiar de nuestra vista.
BERENGUER. Sois discreto.
FOLCH. Por vos principalmente:
tengo que consultaros en secreto
cosas que á extraño oido
nunca deben llegar, porque pudieran
comprometeros.
BERENGUER. Basta: he comprendido
vuestra intencion. Habladme sin cuidado,
que nadie escucha.
FOLCH. ¿Nadie? Enhorabuena:
sigo... en nuestra palabra confiado.
BERENGUER. ¿Qué es esto?
FOLCH. (*Soltando el ropaje que le disfraza y quedando vestido de guerrero.*) ¿Me conoces?
BERENGUER. ¡Desdichado!...
¡Tú aquí!...
FOLCH. ¡Yo mismo!...
BERENGUER. ¡En mi poder!... Y osaste
penetrar hasta mí?
FOLCH. ¿Te asombra?
BERENGUER. Dudo
si es sueño ó realidad!...
FOLCH. Mal me juzgaste,
Berenguer: con mi arrojo por escudo,
donde el deber y la razon me llaman,
despreciando el peligro y los azares

que me amenazan, sin temor acudo.
Aquí me tienes ya: solos estamos:
tus infamias reclaman
un castigo ejemplar como ejemplares
fueron ellas tambien: ya sé que puedes
llaman á tus secuaces asesinos
para hacerme prender; que estas paredes
testigos de tu infamia y tu vergüenza,
pueden serlo tambien á una voz tuya
de mi ruina y mi muerte: nada importa.
No esperes nunca que el temor me venza,
Berenguer. Con impávida osadía
me presento á tus ojos... ¡y te espanta
mi noble y temeraria valentía!...
¿Por qué? Porque en tu pecho se levanta
recuerdo acusador que te condena:
porque nunca creyó tu cobardía
que con firme valor y alma serena
me entregara yo mismo á mi verdugo;
porque en tu negro corazon de hiena
no cabe la piedad, como no cabe
en tu asombrada mente
que hubiera un alma fuerte, y tan ajena
del miedo ruin que oprime eternamente
tu pecho rencoroso, á cuyo fuego
todo el furor de los enojos arde:
¡porque á más de asesino, eres cobarde!

BERENGUER. ¡Ramon de Folch!... (*Furioso.*)

FOLCH. En vano amedrentarme
pretenderás con tu arrogancia, necio;
no pienses, no, que puedes inspirarme
temor: yo te desprecio.

BERENGUER. Si otro, por su desgracia, me dijera
lo que tú... ¡desdichado!... entre mis manos
polvo su lengua y corazon hiciera!
Pero Ramon de Folch tiene un castigo
mejor, y mis alientos soberanos
no han de humillarse á batallar contigo.
¡Hola! ¡soldados!

FOLCH. Miserable, calla,
ó antes que crucen ellos esa puerta
ante sus ojos mi furor estalla...
¡y tiembla, Berenguer; tu muerte es cierta!

BERENGUER. ¡Traidor!

FOLCH. Mira, ¿conoces este acero?
(*Sacando la espada, y mostrándole la cruz de la empuñadura, como en el primer acto.*)
BERENGUER. ¡Cielos!...
FOLCH. ¡Fué de tu hermano, asesinado
por tí! ¿Recuerdas bien aquel postrero
dia fatal de su existencia?
BERENGUER. ¡Aparta!
FOLCH. ¿Recuerdas su semblante demudado?
¿Su mirada sangrienta y encendida
clavándose en tu frente, no te dice:
«¡Mi maldicion eterna, fratricida!»?
¿Y me llamas traidor? ¿Y en la presencia
de esta arma acusadora,
insultas á la misma providencia
que sobre tí se cierne vengadora?
BERENGUER. ¡Folch!
FOLCH. ¡De rodillas ante mí, villano!
¡Besa esta cruz, y pide arrepentido
perdon á la memoria de tu hermano!
(*Berenguer cae de rodillas, y besa la cruz.*)
BERENGUER. ¡Ah!
(*Pausa larga.*)
FOLCH. Llámame traidor, y así rendido,
¡encarece tu aliento soberano!
(*Con sarcasmo. Berenguer se levanta furioso.*)
BERENGUER. ¡Basta de humillacion! Hoy tu cabeza
me pagará el insulto recibido.
Tiembla, Ramon de Folch; ya me conoces:
sobró á mi corazon harta fiereza
para verter yo mismo con mi acero
la sangre de un hermano; si hoy consigo
tenerte en mi poder, ¿qué haré contigo?
¿No lo imaginas?
FOLCH. Sin temblar espero
que me dicten tus labios el castigo.
BERENGUER. ¡Hola! (*Llamando.*) ¡Todos aquí!

ESCENA XI.

DICHOS, *y todos los mismos de la escena sexta, excepto el Infante.*

BERENGUER. Llegad, señores.

En presencia de vos y los caudillos
que al frente de mi hueste, vencedores,
aumentan honra y prez á mi corona,
quiero imponer castigo á los traidores
contrarios á mi honor y á mi derecho.
Ramon de Folch, vizconde de Cardona,
tus delitos te han hecho
reo de alta traicion á mi persona.

MAHALTA. ¡Gran Dios!

BERENGUER. Rinde tu espada.—Aseguradle.
(*A los soldados.*)

FOLCH. No soy Ramon de Folch: atrás, soldados.
Soy el embajador del rey Alfonso
de Castilla y Leon, que á tus estados
en su nombre me envia.

BERENGUER. ¡Mientes!

FOLCH. ¡Conde! ¡Recuerda esa palabra
para que puedas retirarla un dia!
(*Va á la puerta derecha: oprime un resorte, y abre. Entran en la escena varios caballeros armados, llevando en el pecho el escudo de Castilla y Leon. Detrás una larga hilera de soldados.*)

ESCENA XII.

DICHOS *y los* CABALLEROS *y* SOLDADOS CASTELLANOS.

FOLCH. Entrad, amigos.—De mi aserto en prueba,
credencial y testigos te presento.
(*Le dá un pergamino.*)

MAHALTA. (¡Gracias por tu bondad, Dios mio!)

BERENGUER. ¡Oh rabia!

FOLCH. Llegué bajo un disfraz, y con la nueva
del concilio, en Castilla recibida,
para lograr mejor mi oculto intento.
Te demandé una audiencia: la otorgaste:
mi gente, allí escondida,
escuchó nuestra plática secreta:
sin sospechar el lazo, confesaste
tu crímen alevoso: ellos lo oyeron,
y tu horrendo delito sorprendieron.

BERENGUER. ¡Maldicion!

FOLCH. Ya es en vano que lo niegues.

Quedaste convencido y comprobado,
Berenguer, de traicion y alevosía:
por tanto, la mision ha terminado
que Alfonso me encargó. Falta la mia. (*Rumores.*)
En el nombre de Dios que nos escucha:
Yo, Ramon Folch, vizconde de Cardona,
noble á la par que Vos, más todavía;
á Berenguer Ramon el soberano
conde de Barcelona,
llamo y emplazo á singular combate
en presencia de todos, y le acuso
de felon y asesino del hermano.
Y por si alguno de vosotros piensa
que obro sin ley ni fuero en este instante,
y pretende salir á la defensa
de mi competidor, ahí vá mi guante:
¿Quién lo recoge? (*Arrojándolo.*)

VARIOS. Yo.

(*Se lanzan algunos nobles á recogerlo.*)

GUILLERMO. Soy el primero.

BERENGUER. (*Deteniéndolos é interponiéndose entre los nobles y el guante.*)
¿Juzgais acaso que el valor me falta?
No. Cual cumple á mi honor de caballero,
debo yo solo responder. Ni quiero,
ni debo permitir á vuestro arrojo
en mi nombre lidiar.—El guante es mio,
(*Recogiéndolo del suelo.*)
Ramon Folch de Cardona: ¡lo recojo
y acepto como es ley el desafío!

FOLCH. Pues á lidiar.

BERENGUER. Al punto.

FOLCH. Sin tardanza.

BERENGUER. Mis armas, un corcel... ¡y Dios decida!

FOLCH. Ante Dios lidiaremos.

MAHALTA. ¡Nos salvamos!
¡Ya recobra mi pecho la esperanza!

FOLCH. Ante Alfonso reclamo la venganza.
En Castilla te aguardo, fratricida.
(*Dirigiéndose al foro.*)

BERENGUER. (¡Guillermo!)
(*Cogiéndole de la mano y hablándole al oido. Guillermo se sonrie ferozmente, acaricia el puñal, y se marcha precipitadamente por la izquierda, miran-*

do á Mahalta con intencion. Folch sale de la escena sin reparar en este juego.)

GUILLERMO. (¡Bien está!) (*Vase.*)

(*Mahalta ha presenciado este aparte, con la vista fija en Berenguer, y adelantándose paulatinamente. Al ver marchar á Guillermo, dá un grito horrible.*)

MAHALTA. ¡Jesús!

BERENGUER. Partamos.

(*Con voz agitada y dirigiéndose á los nobles. Sale por el foro seguido de todos ellos, y el telon baja rápidamente.*)

ACTO TERCERO.

Sala de paso en el castillo condal.—A la derecha una puerta en primer término, que conduce á la habitacion de Mahalta y Hermengarda. En segundo término una gran ventana ojival.—Otra puerta á la izquierda y una grande al foro.—Panoplias con armas.—Escaños y sitial.

ESCENA PRIMERA.

HERMENGARDA, *que sale por la derecha, primer término, se acerca á la puerta del fondo y escucha.*

HERMENGARDA. Todo en silencio reposa:
la noche me causa horror
cuando á mi lado no escucho
de la Condesa la voz.
«Allí descansa en el lecho,
«y en el contínuo temblor
«de sus labios, adivino
«de su alma la agitacion.
«Sus ensueños me dan miedo
«porque en ellos viendo estoy
«la espantosa realidad
«de mi triste situacion.
Preso mi padre en la torre,
preso en la torre mi amor.
«Nadie de ellos me da nuevas
«y á nadie las pido yo,
«pues temo que al recibirlas
«me traigan la muerte en pos.
Un mes há que airado el Conde

á Castilla se partió;
un mes que muriendo vivo;
un mes que Ramon de Folch
unida á su fuerte brazo
mi esperanza se llevó.
¿Qué ha pasado en ese mes?
¿Quién tornará vencedor?

ESCENA II.

HERMENGARDA *y* GUILLERMO.

(*Guillermo abre con precaucion la puerta del fondo, y se queda en el dintel contemplando á Hermengarda.*)

GUILLERMO. Allí está: ya percibo
de su aliento el aroma perfumado.
Yo la he aprisionado
por el afan de hacerme su cautivo.
En mis entrañas arde
fuego voraz que á combatir me lanza.
Basta de lucha, corazon cobarde,
acabemos con la última esperanza.
(*Se adelanta al proscenio.*)
Que el cielo os guarde.

HERMENGARDA. (*Turbada.*) ¡Ah!
No, con vos no puedo
ni aun padecer en paz. ¿Quereis impío
goces hallar en el tormento mio?
Idos.

GUILLERMO. ¿Me teneis miedo?

HERMENGARDA. (Miedo) ya no; me habeis acostumbrado
de tal modo á sufrir, sois tan malvado,
tan pequeño y tan ruin, que mi desprecio
aun se degrada en vos. Arrojo necio
mostrasteis: solo puede acobardarme
no hallar en vos valor para matarme.

GUILLERMO. Bien podeis, Hermengarda,
altiva demostrarme:
de mi propio furor mi amor os guarda.
«Mirad si os amaré cuando os escucho
«con placer maldecirme,
«y avaro de las penas con que lucho,
«apilándolas gozo
«y con furor mi corazon destrozo.

HERMENGARDA. ¡Que me amais!
GUILLERMO. Con amor inestinguible,
insensato, cruel.
HERMENGARDA. Es imposible:
si fuese cierto, la desdicha mia
en gratitud á vos trocado habria.
GUILLERMO. En gratitud!... Amor es mi tormento
y no se funde en otro sentimiento.
«Dando la libertad al que os adora,
«al que vos adorais, agradecida
«vos pagaríais mi traicion, señora,
«quitándome la vida.
HERMENGARDA. «¡Qué proferís!
GUILLERMO. «Acaso habeis pensado,
«que quien ama cual yo sin ser amado,
«sufrir puede un momento
«el martirio horroroso
«de contemplar á su rival dichoso?
«Primero entre mis brazos
«le mire hecho pedazos,
«y ahogado por su sangre aborrecida,
«acabé mi existencia maldecida.
HERMENGARDA. «¡Infame!
GUILLERMO. «No temais; está guardado:
«sin él murierais vos y esta es su suerte.
«Aunque en silencio decreté su muerte,
«por no veros llorar no le he matado.
HERMENGARDA. ¡«Pero... le matareis!
GUILLERMO. «Mi amor venero.
«No le quiero matar: matarle quiero!...
«no sé que responder; terrible lucha
«que ni la voz de la conciencia escucha.
HERMENGARDA. «¿Cómo habeis de vencer si sois pequeño;
«Si vuestra saña impía
«que ponderais con tan feroz empeño,
«en vez de ser valor es cobardía?
«Sentid esa pasion, mas que no os venza,
«porque si vence os cubrè de vergüenza.
GUILLERMO. «Mi pasion es amor.
HERMENGARDA. «¿Cuándo se ha visto
«que sea amor lo que egoismo encierra?
GUILLERMO. «Para dejar la atmósfera en que existo
«déme un ejemplo de valor la tierra.
HERMENGARDA. «Uno á todos nos dá.

GUILLERMO. «Cuál.
HERMENGARDA. «¡Jesucristo!
GUILLERMO. («*Breve pausa.*) Razon teneis, y con su luz radiante
«la cruz ante nosotros se levanta:
«salvad, pues, al Infante
«apartando el puñal de su garganta.
HERMENGARDA. «¿Qué proponeis?
GUILLERMO. «Los dos
«en idéntico extremo nos hallamos.
HERMENGARDA. «Muy distantes estamos:
«yo soy mujer.
GUILLERMO. «Y Jesucristo es Dios.
«En vano pretendemos
«elevarnos del polvo en que nacemos.
«Débiles los humanos corazones
«aniquilan su fuerza las pasiones.
Escuchad, Hermengarda, por amaros
fuí traidor y felon.
HERMENGARDA. Recuerdo impío.
GUILLERMO. Por veros y adoraros
acepté de mi suerte el desafío;
«y vos y vuestro padre,
«y la Condesa que os sirvió de madre,
«de mis planes arteros
«víctimas descuidadas,
«vinísteis al palacio prisioneros.
«Cuando Folch arrogante,
«al conde Berenguer arrojó el guante;
«dejando el soberano á Barcelona,
«depositó en Guillermo
«todo el poder de su condal corona.
HERMENGARDA. «Sí, ya os ví por mi daño
«descender á traidor de caballero,
«y de traidor á inmundo carcelero.
GUILLERMO. «No me insulteis así: vos habeis sido
«la que á tal precipicio me ha lanzado.
«No me llameis cruel y mal nacido.
«¡Llamadme desdichado!
ERMENGARDA. «¡Vos padeceis!
GUILLERMO. «Mi corazon de hierro,
«donde un volcan de lágrimas encierro,
«se ha fundido al calor de vuestros ojos...
«y lava por los mios derramara,
«sino me deshonrara

«devolveros en llanto mis enojos.
Mas es fuerza poner término fijo
á mi dolor prolijo,
y hoy mismo habrá de ser. Un mensajero
pronto debe llegar á Barcelona.
Con ansiedad espera
la noticia postrera
que habré de recibir de la persona
de Berenguer Ramon. Si muerto fuera,
temblad, es fuerza que el Infante muera.

HERMENGARDA. ¡Divino Redentor!

GUILLERMO. Solo en mí cabe
su salvacion: mirad, esta es la llave
(*Mostrándole una llave que llevará en la escarcela.*)
de la torre do yacen encerrados
los nobles conjurados.
En la cruz de mi espada
puesta la mano, jurareis ahora
que esta noche sereis mi desposada,
ó por el Dios que vuestro pecho adora,
juro que por tan bárbaro heroismo
todos juntos rodamos á un abismo.

HERMENGARDA. ¡Todos!

GUILLERMO. Sí, y Aymerico el altanero...

HERMENGARDA. ¡Cruel! ¡mi padre!

GUILLERMO. Morirá el primero.

HERMENGARDA. Espera un dia, dos. Si el conde llega...

GUILLERMO. Inútil esperar. De todos modos
si tú no juras moriremos todos.

HERMENGARDA. A tu justicia mi valor se entrega,
supremo Dios!

GUILLERMO. ¿Te falta el ardimiento?

HERMENGARDA. ¿Y si juro, qué harás?

GUILLERMO. En el momento.
al Infante corono
y antes del nuevo sol le alzo en el trono.
Jurado está. (*Estiende la espada y pone la mano sobre la cruz.*)

(*Momentos antes ha aparecido la condesa Mahalta, en la puerta de la izquierda. En este momento se adelanta con los brazos cruzados presentándose ante Hermengarda á quien dice con marcada intencion y altivo ademan.*)

ESCENA III.

Dichos, MAHALTA.

MAHALTA. ¡Ahora tú!
GUILLERMO. (Suerte tirana.)
HERMENGARDA. Juro, que odiando siempre á los traidores
antes que sucumbir á sus favores,
derramaré mi sangre catalana.
GUILLERMO. ¡Oh! (*Con furor reconcentrado.*)
MAHALTA. (*Abrazando á Hermengarda que se ha precipitado en sus brazos.*)
Digno es de tu padre esa respuesta.
HERMENGARDA. ¡No puedo mas! (*Bajo á la Condesa.*)
MAHALTA. A padecer te apresta.
Sal de aquí. Tu inocencia
mancharia de ese hombre la presencia.
Tu valor en infames no repare.
HERMENGARDA. (Señor tan solo tu piedad me resta.) (*Vase.*)
MAHALTA. (*Señalando á Guillermo la puerta del fondo. Gran dignidad.*)
Cuando querais entrar pedidme audiencia!
GUILLERMO. (*Subyugado por el ademan de la Condesa se inclina y sale.*)
¡Al tigre desafia!... Dios la ampare!

ESCENA IV.

MAHALTA.

¡Agradecer á un traidor
la corona! ¡Antes morir!
Subiremos con honor
no tiene ese hombre valor
su empresa para cumplir.
«Pensará que si triunfamos,
«en sangre cobrar podemos
«el daño que recibamos:
«si ve que no le tememos
«nos dirá si le compramos.
«Huye el traidor del encono,
«y burlador de la ley,
«para tenerlo en su abono,

«cualquiera que sea el rey
«vive á la sombra del trono.
«De su rastrera ambicion
«oculta la fealdad.
«Viven en separacion
«en el sol la lealtad
«y en la sombra la traicion.
Fuera insensato, temer
de Guillermo los furores:
dejemos á los traidores,
que vencido Berenguer
serán nuestros servidores.
¡Vencido!... me hace temblar
el silencio que se advierte
desque fueron á luchar.
Será presagio de muerte,
si yo comienzo á dudar.
¡Jamás! al cielo mi fé
sube de mi rezo en pos;
nuestro es el triunfo, lo sé.
Volverá Folch; le veré...

BERENGUER. ¡Condesa!...

MAHALTA. (*Se vuelve horrorizada.*) (¡Ampáreme Dios!)

ESCENA V.

BERENGUER, MAHALTA.

MAHALTA. (*Despues de una pausa.*)
Pues te llego aquí á mirar,
es inútil preguntar,
quién ha logrado vencer.

BERENGUER. Mahalta, me quiero vengar,
y hoy mi venganza ha de ser.

MAHALTA. La que supo con valor
tu necia arrogancia herir.
con su honor ha de cumplir.

BEEENGUER. ¿Y qué la ordena su honor?

MAHALTA. ¿Dudarlo puedes? Morir.

BERENGUER. No teneis otro camino
los que me habeis humillado,

MAHALTA. Cúmplase nuestro destino.

BERENGUER. Seré cruel, despiadado.

MAHALTA. Siempre lo fué el asesino.

BERÉNGUER. ¡Mahalta! (*Con furor.*)
MAHALTA. ¿Piensa el cobarde
que muriendo temblaré?
Tranquila á la muerte iré.
Las horas que en venir tarde
con enojo viviré.
BERENGUER. Necio alarde.
MAHALTA. ¿Será vana
la arrogancia que pregonas.
Tu brio no me amilana!
Si en Numancia hubo matronas,
una ha de haber catalana.
Avara seré de gloria,
y en este dia fecundo
grande será mi victoria,
pues sé que conmigo el mundo
te maldecirá en la historia.
BERENGUER. ¡Basta! ¿Llegaste á creer
que sola has de sucumbir?...
MAHALTA. Tan cruel no habrás de ser
que esclavo dejes vivir
al infante Berenguer.
Y si por desdicha impía
hiciese tu corazon
alarde de compasion...
él mismo se mataria
por no sufrir tal baldon.
BERENGUER. ¿Me pides que tu hijo muera?
Madre cruel, tu ceguera
te conduce al desvarío.
MAHALTA. ¡Si muriendo, al hijo mio
vida mas grande le espera!
«Santos nuestros corazones,
«en las celestes regiones
«harán inútil tu afan
«viviendo en las tradciones
«del buen pueblo catalan.
Gloria buscamos los dos,
y de ella vamos en pós,
á do la gloria se anida:
al morir para la vida
nace el hombre para Dios.
BERENGUER. Dejemos esa quimera,
y sin elevar el vuelo

á las regiones del cielo,
oye lo que en esta esfera
es hoy todo mi consuelo.
Por la suerte escarnecido
y del mundo abandonado;
por mi pueblo maldecido,
aquí á vengarme he venido
y quiero verme vengado.

MAHALTA. Sigue.

BERENGUER. Con suerte tirana
hácia Castilla salí.

MAHALTA. ¡Y mataste á Folch!

BERENGUER. Volví
de la tierra castellana;
mas vencido vine aquí.

MAHALTA. ¡Gracias, Dios! (*Con alegría.*)

BERENGUER. No de esa suerte
te alteres, fiera matrona,
que aun mi brazo no es inerte,
y si pierdo la corona
vosotros ganais la muerte.

MAHALTA. La corona!...

BERENGUER. Sí, enclavada
en mi cabeza la quiero.

MAHALTA. Deliras, mal caballero:
esa corona robada
es de Berenguer tercero.
Conmigo te la reclama
la voz de tu augusto hermano.
Cede al derecho, tirano.

BERENGUER. Tu voz á la muerte llama.
¡Guillermo!
(*Guillermo aparece en la puerta de la izquierda.*)

MAHALTA. ¡Dios soberano!
¿De qué ha podido valer
triunfo tan esclarecido
cual otro no pudo haber?
¿Cómo es que siendo vencido
vienes dispuesto á vencer?
La traicion siempre por tí
con astucia preparada
debió defenderte allí.

BERENGUER. Casualidad bienhadada,
mas no dispuesta por mí.

MAHALTA. Te burlas de mí, lo veo;
en mi desgracia te cebas,
y por ver si el triunfo creo
entre esperanzas me llevas
para matar mi deseo.
Si Folch vencido te hubiera,
en el lugar en que estás
ante mis ojos le viera.

BERENGUER. Vencióme, y á saber vas
de qué singular manera.
Ante Alfonso el castellano,
más que rey, emperador
por su saber y valor;
caballero y buen cristiano,
á sostener fuí mi honor.
Pueblo y nobles apiñados
del ancho coso en los lados
aguardaban impacientes
cuando á la lid preparados
vieron los dos combatientes.
Dispuesto el ceremonial
para tan famosa lid,
ocupó el rey su sitial,
y el vencedor de Madrid
dió la anhelada señal.
De aquel mar de espectadores
las cabezas ondularon,
todas las voces callaron,
y los altos miradores
de damas se coronaron.
Tembló mi pecho de roble
al escuchar los clarines
sonando con fuerza doble;
erizó el bruto las crines
y dí mi vida al mandoble.
Mas un bizarro escudero
vistiendo el mismo ropaje
que yo, adelantóse fiero
y con extraño coraje
buscó al vizconde altanero.
Fatal su arrojo le fué,
pues al primer espadazo
sególe el vizconde un brazo,
y puesto en la arena el pié

le remató de un hachazo.
Del pueblo la gritería
término al combate dió;
sonó la trompetería,
y Folch triunfante subió
sin mirar al que moria.
Quedó cubierto de dolo
mi nombre en aquel lugar,
mas volviendo á cabalgar
pensé en vengarme tan solo
si aquí lograba llegar (1).
Aquí estoy, y te aseguro
que si he de verme vencido,
nunca se dará al olvido
mi venganza: yo lo juro
por la sangre que he vertido.

MAHALTA. Cobarde, que has deshonrado
la estirpe de tus mayores,
pronto ese pueblo indignado
de tus instintos traidores
tambien quedará vengado,

BERENGUER. Deja ya ese alarde necio
que mas encona mis iras;
en vano airada conspiras,
yo tu heroismo desprecio.

MAHALTA. Yo el aire con que respiras.

BERENGUER. Condesa, á pensarlo vas.
Solo quedo satisfecho
si la corona me das.
Ceda de tu hijo el derecho
y con él te salvarás.

MAHALTA. Nunca.

BERENGUER. Al destino le plugo
reducirme á tal bajeza.
Mahalta, piensa en mi fiereza,
que ha de llevarme el verdugo
mi corona ó tu cabeza.
(*Sale precipitadamente. Guillermo le deja pasar, despues se acerca á Mahalta, la mira fijamente como interrogándola. Ella le señala la puerta con dignidad; vase Guillermo.*)

(1) No se dá por cierta en la historia la muerte de Berenguer Ramon á manos de Folch, y se asegura que murió en Palestina.

ESCENA VI.

MAHALTA, *en seguida* **HERMENGARDA.**

MAHALTA. ¡Oh, qué angustia! A mi pesar
tengo miedo á ese cruel!
¡Y quiere... Me hizo abrigar
intenciones de cerrar
á puñaladas con él.
HERMENGARDA. (*Saliendo con un pergamino.*)
¡Madre!
MAHALTA. ¡Hermengarda!
HERMENGARDA. ¡Silencio!
(*Yendo á mirar todas las puertas.*)
¡Alguien tal vez nos acecha!
MAHALTA. No; por desgracia, hija mia,
de nosotras no se acuerdan
en este instante: otros son
sus cuidados!...
HERMENGARDA. (*Bajando de nuevo al proscenio.*)
Toma; alienta.
MAHALTA. ¿Qué es esto? (*Tomando el pergamino.*)
HERMENGARDA. Por mi ventana
arrollado en una flecha
entró hace pocos momentos.
Descífralo: serán nuevas
del Infante.
MAHALTA. (*Despues de leer el pergamino.*)
¡Oh Dios!...
HERMENGARDA. ¡Qué ocurre!...
¿Alguna desgracia? ¡Tiemblas!...
MAHALTA. (*Irguiéndose.*) ¿Qué dices?... ¿Cuándo **Mahalta**
ha temblado en tu presencia?
HERMENGARDA. Es verdad.—Tu corazon
es fuerte: pero esas letras...
MAHALTA. Son de Vellido, mi fiel
servidor: nos dice en ellas,
que el pueblo está alborotado
y quiere romper las puertas
de este alcázar, pero teme
por mi hijo. (*Leyendo.*) «Si pudierais
»proporcionarnos la llave
»de una salida secreta

»de la torre en que Aymerico
»se halla preso...

HERMENGARDA. ¡Oh Dios!... ¡qué intentan!...

MAHALTA. »Yo con diez hombres podria
»entrar allí por sorpresa
»y salvar á vuestro esposo,
»á los nobles que se encuentran
»con él... y el triunfo era nuestro.»
Esa llave... Espera, espera!...

HERMENGARDA. ¡La tiene Guillermo! El conde
se la entregó!

MAHALTA. ¡Cierto! ¡Empresa
vana!...

HERMENGARDA. ¡¡Si de nuestro llanto
ese hombre se enternecierа!...

MAHALTA. ¡Él!... ¿Y cómo, si no tiene
corazon?...

HERMENGARDA. ¡Ay madre!...

MAHALTA. ¡Es fuerza
intentar algo!...

HERMENGARDA. ¡Qué!...

MAHALTA. Un medio
para que esa llave sea
nuestra hoy mismo!

HERMENGARDA. ¡Es imposible!...

MAHALTA. ¿Qué sabes tú?... La soberbia (*Con fuerza.*)
del infierno, se deshizo
ante una madre: ¿qué fuera
estraño si yo alcanzase
libertar á mi hijo?...

HERMENGARDA. (*Con esperanza.*) ¿Piensas
conseguirlo?...

MAHALTA. Aunque en su seno
me sepultara la tierra
no desmayaria!

HERMENGARDA. ¡Oh, gracias!...

MAHALTA. Corre á tu aposento.¡Observa
si Vellido está en la calle
aguardando mi respuesta,
y arroja este lienzo. (*Dándole su pañuelo.*

HERMENGARDA. Mas...

MAAHLTA. ¡Deprisa, que el tiempo vuela!...

HERMENGARDA. Corro. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VII.

MAHALTA, *sola.*

Tengan esperanza
de triunfar, y fortalezcan
con ella sus corazones
mientras á la lid se aprestan!...
—Dios del alto firmamento
cuya prepotente diestra
deshace el rayo en la altura
y al huracan encadena!...
Si de un suspiro divino
el amor materno creas,
y en el hondo santuario
de nuestro pecho lo encierras,
préstame tambien tu ayuda
para que luchando venza,
y el suspiro no disipen
vendabales y tinieblas.

ESCENA VIII.

MAHALTA, BERENGUER, GUILLERMO *y* **UN ESCUDERO,** *que salen por la izquierda.*

BERENGUER. (*Saca una trompa de caza.*)
Sin tardanza, y que mis órdenes
se cumplan. Desde la almena
divisarás mi armadura,
y en escuchando la seña...
ya sabes. Vuela.
(*Vase el escudero precipitadamente por el foro.*)
Mahalta:
vengo á buscar tu respuesta.
¿Qué resuelves?
MAHALTA. Esperar
que la suerte se decida,
y al final de la partida
ó sucumbir ó triunfar.
BERENGUER. Puede tu constancia fiera
perderte.
MAHALTA. No retrocedo.
BERENGUER. ¡Teme á mis iras!

MAHALTA. El miedo
no cabe en mí.
BERENGUER. Considera
tu suerte.
MAHALTA. No me acobarda.
BERENGUER. ¡Soy tu señor!
MAHALTA. Todavía
no tanto.
BERENGUER. Tu rebeldía
castigaré en Hermengarda:
en el Infante.
MAHALTA. ¿Serás
cápaz...
BERENGUER. ¡De todo!
MAHALTA. ¡Dios santo!
BERENGUER. Decide.
MAHALTA. Soy madre.
BERENGUER. ¡Cuánto
me enojas! ¿Cedes?
MAHALTA. ¡Jamás!
BERENGUER. ¡Jamás!...
MAHALTA. Tigre sanguinario
de los tuyos enemigo,
ven á combatir conmigo,
que no me arredra el contrario.
Ven á probar la firmeza
de un alma cuyo ardimiento
vé al leon llegar hambriento,
sin temblar de su fiereza.
Ven: la fuerza sobrehumana
fortalecerá sus brazos
¡y hará tu cuerpo pedazos
la matrona catalana!
BERENGUER. ¡Deliras!
MAHALTA. No es la mujer
quien ante tí se presenta:
es la leona sangrienta;
¡la viuda de Berenguer!
Alma de un hijo y un padre
que te debieron su ruina,
soy la venganza divina
encarnada en una madre!
BERENGUER. Madre: recuerda quién es
dueño y señor de tu suerte,

y pronto el ánimo fuerte
caiga rendido á mis piés.
Esa indomable fiereza
de que haces heróico alarde,
si no se humilla cobarde
te costará la cabeza.
En tu altiva condicion,
con tus denuestos feroces
has probado que conoces
quién es Berenguer Ramon.
Resuelto á todo he venido
me amenazas en vano.
Mahalta: soy el hermano
ye tu difunto marido.
ara lograr el intento
que en mi ambicion formulé,
Si es preciso, pasaré
sobre un cadáver sangriento.
Madre: piensa que te engañas
si confias en la suerte:
¡salva á tu hijo de la muerte,
madre!...

MAHALTA. ¡Hijo de mis entrañas!...
BERENGUER. ¿Cedes?
MAHALTA. ¡Berenguer!
BERENGUER. ¡Te ofrezco
su vida!...
MAHALTA. ¡Madre de Dios!
BERENGUER. ¡Salva ó condena á los dos!
MAHALTA. ¡Berenguer! (*Cayendo á sus piés.*)
BERENGUER. Dí.
MAHALTA. (*Recobrando su ferocidad dice con voz enérgica, pero reconcentrada.*)
¡Te aborrezco!
BERENGUER. ¿Pero consientes?...
MAHALTA. ¡Impío!...
¿Cómo respondo? ¡ay de mí!...
BERENGUER. ¡Concluye ó tiembla!... (*Impaciente.*)
MAHALTA. (*Alzándose del suelo.*) Sí, sí;
¡que se salve el hijo mio!...
(*Rumores dentro.*)
BERENGUER. Por fin... ¡pero qué rumor!...
MAHALTA. Perdon; ¡soy madre! (*Al viejo.*)
GUILLERMO. (*Desde la ventana.*) No es nada.

La plebe que amotinada
ruge en la calle, señor.

BERENGUER. ¡Los desprecio!...

GUILLERMO. Entre el tumulto
se oyen gritos de agonía.

BERENGUER. ¡Un desman! ¡Por vida mia!...

MAHALTA. ¡Qué será!... (*Agitada.*)

GUILLERMO. Distingo un bulto
cubierto de sangre y lodo,
y en la punta de una espada
una cabeza cortada.

BERENGUER. ¡Maldicion! (*Corriendo á la ventana.*)

MAHALTA. ¡Oh rabia! Todo
se pierde si en este instante
lo exasperan!

BERENGUER. Corre á ver
quién ha osado promover...

MAHALTA. ¡Detente!

UNA VOZ DENTRO. ¡Viva el Infante!

GRITOS. ¡Viva!

BERENGUER. Cara pagarán
esa rebelde insolencia.
¡Déjame salir!

MAHALTA. ¡Clemencia,
Berenguer!

GUILLERMO. ¡Llegando van
al palacio!

BERENGUER. A esta mujer
guárdame. De ella responde
tu cabeza.

VOZ. ¡Muera el conde!

GRITOS. ¡Muera!

MAHALTA. ¡Escucha, Berenguer!

GUILLERMO. Id descuidado... y mirad
que el tumulto acrece.

GRITOS. ¡Muera!

BERENGUER. ¡Lo veremos!

MAHALTA. ¡Oye! ¡Espera!

BERENGUER. ¡Suéltame!
(*Se desprende á viva fuerza de Mahalta y sale corriendo por el foro. Mahalta cae al empuje que para soltarse ha hecho Berenguer, y dice.*)

MAHALTA. ¡Señor, piedad!

ESCENA IX.

MAHALTA *y* GUILLERMO.

GUILLERMO. No me engaño: ese ropaje...
Sí; él es.
MAHALTA. ¿Quién?
GUILLERMO. Los revoltosos
que se levantan furiosos,
han dado la muerte á un paje
del conde. Es el que llevaba
la órden: ¡rayos del cielo!
¡Todo mi plan por el suelo!
MAHALTA. ¿Qué órden era esa? ¡Acaba!
GUILLERMO. Esperar una señal
desde la torre frontera,
y que al oirla... se diera
muerte...
MAHALTA. ¿A quién?
GUILLERMO. ¡A mi rival!
MAHALTA. ¡A mi hijo!
GUILLERMO. ¡Esos villanos
me lo han impedido!
MAHALTA. ¡Oh!... (*Transicion.*)
—¡Este hombre quiere que yo
le destroce entre mis manos!...
GUILLERMO. ¡Aun no es tarde! (*Separándose de la ventana.*)
MAHALTA. ¿Adónde vas?
GUILLERMO. A dar al conde el aviso.
MAHALTA. ¡Nunca! ¡Para ello es preciso
pasar sobre mí!
GUILLERMO. (*Con ironía.*) ¿Qué?
MAHALTA. ¡Atrás!
GUILLERMO. «¡Mahalta!
MAHALTA. «La Providencia
«que tus planes contraría,
«juzga ya llegado el dia
«de amparar á la inocencia.
«Ministro de su furor,
«el pueblo que ruge hirviente,
«vá desbordado torrente
«arrollando asolador
«cuanto opone á su carrera

«débil ó arrogante valla.
«Escucha: rugiendo estalla
«su voz!

PUEBLO. «¡Muera el conde!

GRITOS. «¡Muera!

MAHALTA. Tú tienes en tu poder
una llave del postigo
secreto que mi enemigo
te confió... y ha de ser
nuestra salvacion.

GUILLERMO. ¡En vano
suplicarás... (*Con fuerza.*)

MAHALTA. ¡Suplicar!...
¡Necio!... ¡la voy á arrancar
aquí mismo de tu mano!

GUILLERMO. Deliras. ¡Déjame!...
(*Intentando salir. Mahalta coge una espada de la panoplia y estorba el paso á Guillermo.*)

MAHALTA. ¡No!...
¡Salir de aquí... no lo esperes!
¡Me das esa llave... ó mueres!

GUILLERMO. ¡Mahalta!

MAHALTA. ¡Pronto!... ¡Llegó
por fin tu instante fatal!

GUILLERMO. ¡El tuyo si no abres paso!
(*Desenvainando la espada.*

MAHALTA. ¡Ja, ja, ja...(*Carcajada histérica.*) ¿Piensas acaso
que me impones? Ya es igual
la partida! Dios proteja
mi brazo. Esa llave al punto.

GUILLERMO. Paso.

MAHALTA. Ultima vez pregunto
si me la das. ¡Habla!...

GUILLERMO. (*Queriendo salir.*) Deja...

MAHALTA. ¿No? ¡Pues muere!...
(*Le tira una estocada violentamente y en seguida otra. La primera la para Guillermo con su acero: la segunda le da en el pecho y cae muerto.*)

GUILLERMO. ¡Jesucristo!

MAHALTA. ¡Venganza!
Poniéndole el pié encima. Despues de una pausa corta, saca del limosnero una llave y corre hácia la ventana.)
¡Vellido!... A mí!...
(*Gritando hácia fuera. Rumores mas fuertes.*)

Corre á salvarnos: ahí
va la llave. (*La arroja.*) Ya la ha visto;
la recoge...—¡Vuela!...
(*A Vellido, con voz arrebatada de impaciencia.*)
Ahora
lidiemos, y en la jornada
rayos del cielo mi espada
fulminará vengadora!

ESCENA X.

MAHALTA, GUILLERMO *y* BERENGUER *saliendo precipitadamente por el foro, con la trompa de caza en la mano.*

BERENGUER. ¡Guillermo! (*Buscándole con la vista.*)
¿Dónde está?...
MAHALTA. (*Señalándoselo.*) Mírale.
BERENGUER. Muerto...
MAHALTA. Por mi mano.
BERENGUER. ¿Qué dices?
MAHALTA. Todavía
destila sangre el hierro que ha partido
su negro corazon. ¡Mira si es cierto!
¿Dudas? (*Mostrándole la hoja ensangrentada.*)
BERENGUER. (*Con sorpresa*) Era un traidor: quizás un dia,
como á otros ha vendido,
me vendiera tambien el fementido.
¡Bien muerto está!
MAHALTA. ¿Qué buscas? ¿A qué vuelves?
BERENGUER. Buscaba un servidor; ¡hallo un cadáver!
Vencida mi sorpresa,
corro yo solo á terminar la empresa.
(*Va á la ventana y toca puntos de atencion en la trompa.*)
MAHALTA. ¿Qué es eso? ¡Una señal! (*Dudosa.*)
BERENGUER. El escudero
que á la torre envié donde el Infante
gime con Aymerico prisionero...
(*Rapidez.*)
MAHALTA. De Guillermo he sabido hará un instante
que era ese hombre de muerte mensajero!
BERENGUER. Sí: y ese mensajero habrá escuchado
mi señal en la altiva fortaleza...
MAHALTA. Es verdad. (*Con ironía.*)

BERENGUER. Y al oirla, habrá rodado
del Infante la mísera cabeza!
MAHALTA. ¡Ah! (*Grito horrible.—De pronto reflexiona y dice sonriendo tranquila.*)
¡Necia!... Si el aviso no ha llegado.
¡Imbécil corazon!
(*Estrujándoselo con desprecio y rabia.*)
BERENGUER. En vano aguardas
remedio á tu contínua desventura.
Cuando suene á lo lejos el tañido
de una trompa de guerra, contestando
á mi señal con lúgubre sonido,
eco será del último gemido
del Infante.
MAHALTA. No esperes la respuesta:
solo el ronco murmullo de mi pueblo
al pié de la ventana te contesta!
BERENGUER. ¡Es verdad! (*Impaciente.*)
MAHALTA. ¿Oyes?
BERENGUER. ¡Calla!
MAHALTA. Nuestra lucha
termina en la caida del tirano.
¡Yo venzo!
BERENGUER. ¡Esa señal!
MAHALTA. ¡Tu afan es vano!
¡Ya estás rendido, Berenguer!
(*Suena dentro un toque de clarin.*)
BERENGUER. ¡Escucha!
MAHALTA. ¡Jesus! (*Aterrada: el acero se le cae de la mano.*)
BERENGUER. ¡Ya soy el Conde soberano! (*Pausa.*)
MAHALTA. ¡Era verdad!
BERENGUER. Triunfé.
MAHALTA. ¡Maldito seas,
verdugo de tu sangre despiadado,
que abortó en sus rencores el infierno!...
«¡Mil veces maldecido de una madre;
«y ojalá por tus crímenes te veas
«del aire un dia y de la luz privado
«por la terrible mano del Eterno!
«Y mendigues tu pan, y los nacidos
«no escuchen tus clamores;
«y en vez de caridad, á los gemidos
«que lances de dolor desgarradores,
«contesten escupiendo con desprecio

«sobre tu rostro seco y descarnado!...
Y ojalá tengas hijos... y los quieras...
si tú puedes querer... para que un dia
muertos los mires á tus piés... y mueras
tú tambien destrozado en la agonía!
¡Hijo de mis entrañas! (*Anegada en llanto.*)

BERENGUER. ¡Por qué tiemblo
al escuchar su maldicion! ¡Qué espanto
se apodera del alma!...

ESCENA XI.

DICHOS *y* ¡HERMENGARDA.

HERMENGARDA. (*Saliendo.*) ¡Madre mia!
El Conde...

MAHALTA. Hijo del alma.

HERMENG. ¿Por qué lloras?
¡Cese tu desventura, y la alegría
vuelva á tu corazon!...

MAHALTA. ¡Ay!... que tú ignoras
la causa de mi llanto!

HERMENGARDA. ¡Enjúgalo esta vez!... ¡Hemos vencido!...
Ramon de Folch ha entrado en Barcelona
al frente de un ejército aguerrido!

BERENGUER. ¡Folch!...

HERMENGARDA. ¿No escuchaste del clarin los ecos?
¡El era!... ¡Yo le he visto!...

MAHALTA. ¡Cielo santo!...
¿No fué en la torre esa señal?

HERMENGARDA. ¡No, madre!...
¡Era Folch!...

MAHALTA. ¿Estás cierta?...

ERMEN GARDA. ¡Por mis ojos
lo ví desde el balcon!

BERENGUER. ¡Oh furia!...

MAHALTA. Entonces...
mi hijo...

HERMENGANDA. Al lado de Vellido avanza,
y tras él corre el pueblo entusiasmado.

MAHALTA. ¡Dios mio!... no me dés una esperanza
para despues robármela! (*Griteria mas fuerte.*)

HERMENGARDA. Ya llegan

á este palacio... ¡Mira! (*Yendo á la ventana.*)

MAHALTA. ¡Si aun no quiero
creerlo!...

PUEBLO. ¡Viva Berenguer tercero!...

VOCES. ¡Viva!...

BERENGUER. «¡Perdido soy!...

MAHALTA. «(*Observando el terror que se pinta en el rostro de Berenguer.*)
«¡Oh!... sí... no hay duda!...
«¡Ahora lo creo, ahora!...
«Tu rostro que la cólera demuda,
«el oculto terror que te devora,
«me prueban lo bastante
«que mi hijo vive, y hácia aquí triunfante
«se acerca. ¡Tiembla pues, sierpe traidora!
«¡Tiembla de mi furor!

BERENGUER. «¡No es todavía
«tu triunfo tan seguro!
«Para poder cruzar la galería
«lidiarán con mi guardia, que en el muro
«vela por mí: ¿quién sabe si un acero
«dará la muerte á Berenguer tercero!...

MAHALTA «Y HERMENGARDA. «¡Ah!...

MAHALTA. «¡Dices bien!
«(*Cogiendo del suelo la espada que dejó caer en la escena anterior y precipitándose hácia el foro. Berenguer la detiene.*)

BERENGUER. «¿Qué intentas?...

MAHALTA. «¿Qué intento, me preguntas? Defenderle...
«cubrirle con mi cuerpo si es preciso
«y recibir el golpe que le amague!...
«¿Qué puedo yo intentar?
«(*Va á salir y el Conde la detiene á viva fuerza.*)

BERMERGARDA. «Ya les diviso,
«madre: la guardia cede:
«la arrolla el pueblo y resistir no puede
«su fiera valentía!.

MAHALTA. «¡Déjame, infame!...

BERENGUER. «No...
«(*Forcejando todavía desesperadamente uno y otro en la misma puerta del foro. De pronto se presenta Folch con algunos soldados y cae sobre el Conde haciéndolo quedar en tierra arrodillado.*)

FOLCH. «¡Por fin te encuentro!

BERENGUER. ¡Folch!
MAHALTA. Gracias, Vírgen mia!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS: FOLCH *y* SOLDADOS. *A poco* EL INFANTE, AYMERICO, LOS NOBLES CONJURADOS, SOLDADOS *castellanos y catalanes:* HOMBRES DEL PUEBLO *con armas y teas encendidas.* CUADRO GENERAL.

MAHALTA. ¿Y mi hijo? ¿Y mi hijo?
(*Con desesperacion queriendo atravesar la puerta del foro y no atreviéndose.*)
VOCES ¡Viva!
AYMERICO. Adentro:
seguidme todos!
HERMERGARDA. ¡Es mi padre!... ¡Padre!...
MAHALTA. ¡Hijo querido! (*Viéndole entrar.*)
INFANTE. ¡Madre!... (*Se abrazan. Pausa.*)
MAHALTA. ¡Ay!... Ya respiro! (*Con esplosion.*)
FOLCH. Cumplo mi promesa.
Tras diez años de lucha sin reposo,
conduzco vencedor, noble condesa,
á tus brazos el hijo de tu esposo.
Ya Ramon Berenguer el soberano
en su sepulcro dormirá contento.
MAHALTA. Gracias.
FOLCH. Dálas al noble castellano
que amparó nuestra causa con su arrojo,
y al pueblo catalan cuyo ardimiento
heróico siempre, derribó al tirano.
Castilla y Cataluña
la libertad devuelven al Infante:
unidas por el lazo de esta hazaña,
hermanas han de ser en adelante
para consuelo de la hermosa España.
¡Vivan Castilla y Cataluña!
TODOS. ¡Vivan!
AYMERICO. Resta el castigo del traidor. Prendedle
y muera en el suplicio!
BERENGUER. No me falta
valor para morir. En la partida
el hijo de mi hermano y de Mahalta
me vence al cabo... y perderé la vida
ya que el trono perdí. Pero arrogante,

como cumple á mi impávida fiereza,
no veréis el terror en mi semblante...
¡ni aun despues de cortada la cabeza!
Llevadme! (*Los soldados van á llevárselo, pero la voz del Infante les detiene.*)

INFANTE. No: si mi reinado empieza
vertiendo sangre, augurará un tirano!
«Ni quiero que se manche mi nobleza
«matando á un indefenso.—La justicia
«no es venganza, Aymerico; y yo no debo
«con mi hazaña igualarme á un asesino:
él mató... y yo perdono,
que así nuestra conducta es diferente.
Y el hombre digno de subir á un trono
debe ser liberal, noble y clemente!
De otra manera ¡no!...

MAHALTA. ¡Cuánto heroismo!...

INFANTE. (*Dirigiéndose á Ramon de Folch.*)
Hace un mes te ofrecí que la cruzada
pronta para marchar á Palestina
en defensa de Dios y el cristianismo,
seria por mis tropas secundada;
y Ramon Berenguer allí presente
puesto de mis ejércitos al frente
por mi real voluntad. Hoy la promesa
te cumpliré.

FOLCH. ¡Señor!... (*Saludando.*)

INFANTE. (*A Berenguer.*) Ya lo has oido:
apréstate á partir.

BERENGUER. (*Ap. con rabia.*) ¡Cuál me escarnece!
¡Cuán altivo en su triunfo se recrea!
¡Cuál goza perdonando
y mis lauros afea
cuando vida ó perdon no le demando!

INFANTE. Conde!...

BERENGUER. Infante, no cede mi grandeza
á grandeza menor. Cuanto merezco,
de Cataluña me dará la historia:
el aplauso del hombre que aborrezco
no hace falta á los timbres de mi gloria.
A Palestina iré; mas iré solo,
con noble arrojo y con potente brio.
En vano intentas arrojar el dolo
sobre el valor que alienta el pecho mio.

INFANTE. ¿Tu valor?
BERENGUER Más que el tuyo acrisolado
y á la revuelta lid acostumbrado.
Pregúntalo á los roncos atabales
que el brillo de mis armas anunciaban
cuando saltando peñas y jarales
al campo sarraceno se acercaban:
pregunta á los varones esforzados
de la moruna raza,
cuántos héroes cayeron aplastados
al rudo golpe de mi férrea maza.
Ellos recordarán en tal instante
á ese pueblo que mancha mis blasones,
las veces mil que me miró triunfante
arrastrando los árabes pendones.
Mas á pesar de ingratitud tan fiera,
mi pecho catalan no se amilana.
Palestina me espera:
á Palestina partiré mañana. (*Yendo al foro.*)
Plaza ya á Berenguer, plaza al soldado.
(*Le abren plaza los soldados y pueblo. Al llegar al fondo, dice:*)
No mudaré las mallas que ahora visto
hasta haber conquistado
el lecho sepulcral de Jesucristo! (*Vase.*)
FOLCH. ¿Y le dejas partir?
INFANTE. Vizconde, tente:
vaya el cielo con él; es un valiente.
La tierra en que ha nacido
no le negó su sávia.
MAHALTA. ¡Hijo querido!
HERMENGARDA. ¡Infante!
INFANTE. Para tí no soy infante:
el rey acaba cuando el hombre empieza:
no se llama señor quien es amante.
—¡Madre, Aymerico!...
AYMERICO. Sí.
MAHALTA. Tanta nobleza
recompensar es bien: serás su esposo,
y hasta el altar os guiará mi mano.
AYMERICO. Que os bendiga el Señor!
INFANTE. ¡Ya soy dichoso!
(*La colocacion es, empezando á contar de izquierda á derecha: Folch, Mahalta, el Infante abrazando-*

la, Hermengarda tendiendo su mano al Infante, y Aymerico bendiciendo á su hija. Berenguer ha quedado en segundo término al frente de los soldados catalanes que ocupan el lado izquierdo del escenario. En el lado derecho los castellanos y delante los nobles conjurados del acto primero. El foro está invadido por el pueblo.)

MAHALTA. ¡Gracias, Folch!

(Con inmenso agradecimiento, estrechando la mano de Folch. Este se vuelve y dice al pueblo:)

FOLCH. ¡Viva el Conde soberano!

(Señalando al Infante. Todos contestan con un viva entusiasta. Música guerrera dentro, repique de campanas al vuelo y gritos de alborozo en la calle, que acompañen este cuadro final. Cae el telon muy pausadamente. Todo el diálogo de la escena final debe llevarse rápido, cuanto la situacion permita.)

FIN DEL DRAMA.

Los versos que llevan esta señal » se suprimieron en la primera representacion.

This book should be returned t
the Library on or before the last dat
stamped below.

A fine of five cents a day is incurred
by retaining it beyond the specified
time.

Please return promptly.